


SIGILLUM ACADEMIAE HARVARDIANAE IN NOV·ANG·
CHRISTO ET ECCLESIAE
VE RI TAS

BIBLIOTECA DIAMANTE

JULIO NOMBELA

LA RIQUEZA DEL POBRE



PUBLICACIONES
DE LA «AGENCIA LITERARIA INTERNACIONAL»
MADRID

Precio: una peseta.

LA RIQUEZA DEL POBRE

Los pedidos de ejemplares se harán en Madrid á la Librería Guttenberg, Príncipe, 14; *los de fuera á la Agencia Literaria Internacional, Claudio Coello,* 27, *Madrid.*

BIBLIOTECA DIAMANTE

LA RIQUEZA DEL POBRE

POR

JULIO NOMBELA



CUARTA EDICION

MADRID
Librería Guttenberg
Príncipe, núm. 14

PARIS
Librería de Bouret
Visconti, núm. 23

LISBOA
Librería de Cruz y Compañía
Rua Augusta, núm. 120

MADRID, 1886
Tipografía de Luis María Puente
Calle de Serrano, núm. 38



LA RIQUEZA DEL POBRE

I

¡A los toros! ¡A los toros!

Era en el mes de Abril, en domingo, y la escena pasaba en Madrid.

Estas breves indicaciones bastan para que los lectores se figuren el cuadro que ofrecian la calle de Alcalá, los alrededores de la monumental puerta del mismo nombre y la carretera de Aragon hasta la nueva Plaza de Toros.

Carruajes particulares, coches de alquiler, ómnibus y tranvías, cruzaban á escape en todas direcciones, trazando en su carrera caprichosas

figuras geométricas y acompañando con el ruido de las colleras y el de las ruedas, al resbalar sobre los adoquines, los murmullos de las animadas conversaciones, los gritos de los mayorales y los postillones y las voces de los vendedores; sinfonía obligada de esa fiesta española por excelencia.

No hay nada comparable á la animacion que precede á las corridas de toros. Todas las clases de la sociedad, todos los sexos, todas las edades se confunden; desarróllase una verdadera electricidad en la atmósfera, y cuantos se dirigen á la plaza parecen obedecer á la influencia de una pila galvánica; en todas las facciones se revela la esperanza delirante de un goce extraordinario; todo se olvida, todo se abandona, y lo mismo la dama aristocrática, que arrellanada en la lujosa carretela luce la blanca y airosa mantilla de encaje, que la modesta jornalera que empeña alguna prenda para ir á la corrida; lo mismo el rico que el pobre, lo mismo el sano que el achacoso, lo mismo el venturoso que el desdichado, todas estas variedades dentro de la unidad alegría, ofrecen el espectáculo de una desenfrenada car-

rera, mitad real y mitad fantástica, dando á Madrid el aspecto más pintoresco que puede imaginarse.

En la tarde á que aludo, la animacion estaba en todo su apojeo; habia excelentes noticias de las fieras que debian lidiarse, iban á lucir en competencia su destreza y su arrojo los matadores más admirados del público; sus respectivos partidarios soñaban con la gloria que iba á proporcionarles el triunfo de su ídolo; por otra parte, las tibias brisas de la primavera impregnadas del aroma de las lilas y de las violetas, los rayos vivísimos del sol que encendian la sangre, todo contribuia á hacer de aquel momento el cuadro más completo de la felicidad de un pueblo.

Este espectáculo suele tener... espectadores.

Muchas personas que no pueden asistir á las corridas por falta de recursos, sentándose en la línea de adoquines que separan la acera del arroyo, se consuelan viendo pasar á los afortunados. Los que no pueden soportar las peripecias de la lidia y quieren disfrutar de la animacion que ofrece la carrera que conduce á la plaza; desde muy temprano ocupan los asientos de piedra que

hay en torno de las calles de árboles que rodean el arco de la Puerta de Alcalá y allí recrean su vista con el abigarrado cuadro que se desarrolla ante sus ojos.

Entre estos últimos, sentado en uno de los bancos más próximos á la entrada del Parque de Madrid, hallábase un anciano fuerte, robusto, corpulento, en cuya fisonomía se veian retratadas la bondad, la nobleza y la energía.

Dotado de una de esas naturalezas privilegiadas, raras ya en las ciudades populosas, llevaba con disculpable vanidad más de sesenta años, sin doblar la cerviz, desafiando las tempestades de la vida como los viejos robles; y á no ser por el blanco y espeso cabello que cubria su cabeza y por las líneas que habian marcado los años en sus facciones, hubiera parecido un hombre en toda la plenitud de la virilidad.

Era alto y corpulento, como he dicho; manteníase erguido naturalmente, sin afectacion; su cútis terso y ligeramente sonrosado revelaba una salud á toda prueba, una frescura impropia de su edad. Sus grandes ojos negros eran vivos y penetrantes. Su nariz, algo aguileña, daba cierta se-

veridad á su rostro; pero la expresion de nobleza que aparecia en su frente, la entereza de carácter que revelaban sus ojos, y la sonrisa bondadosa que asomaba á sus lábios, daban al conjunto de su rostro ese atractivo que engendra la simpatía, esa superioridad que inspira el respeto, esa dulzura que mueve á la confianza.

Cuerpo tan sano y tan perfecto, debia albergar un alma singular; y en efecto, pródiga en todo con él la Providencia, le habia dotado de extraordinarias facultades intelectuales. Gran corazon, imaginacion viva y fecunda, inteligencia clara y perspicaz; todo lo poseia con exuberancia.

Una vida de estudio, de observacion; un ejercicio metódico de todas sus facultades, un equilibrio constante entre el espíritu y la materia, un asíduo trabajo dentro siempre de los límites naturales, habian hecho que el sábio y el hombre crecieran, se desarrollaran y llegaran á toda su madurez, sin perjudicarse, ayudándose, completándose.

Y sin embargo, habia sufrido como todos los séres, que vivir es sufrir; habia luchado, habia pasado por esas crísis dolorosas que acrisolan las

almas; habia tenido una esposa modelo de mujeres y la habia perdido; habian alegrado dos hijos los horizontes de su existencia, y á pesar de ser médico, y médico sábio, los habia visto morir; habia creido en los amigos y los amigos le habian engañado; habia hecho mucho bien con su ciencia, con su fortuna, con su experiencia, y habia recibido por todo pago la ingratitud de aquellos á quienes habia favorecido, la indiferencia de la multitud y el calificativo de raro, impertinente y hasta intratable de los envidiosos de su carácter, de su talento, de su honradez y de su superioridad.

Pero como la nave guiada por buen piloto, á través de las embravecidas olas llega al puerto, así nuestro hombre si no desafiaba, por lo ménos dominaba las tempestades de la vida y cruzaba sereno por medio de los escollos sin soberbia y sin miedo.

Tal era el personaje que ocupaba uno de los asientos próximos á la entrada del Parque de Madrid, la tarde en que comienza este relato.

Su nombre, conocido y respetado, era el doctor Melendo.

En otro banco, el que se halla al principio de la carretera de Aragon, tambien sentado, estaba un hombre como de treinta á treinta y cinco años, que era en todo y por todo el reverso de la medalla de nuestro buen doctor.

De mediana estatura, flaco, huesoso, encorvado; todo su cuerpo revelaba un estado de postracion, de abatimiento, de decrepitud.

Los síntomas de la consuncion aparecian en su rostro, las facciones demacradas, los lábios secos, ardientes, caidos, los párpados abultados y encendidos, en torno de los ojos un surco cárdeno; sólo su mirada reconcentraba toda la vida de aquel sér, una vida agitada, tempestuosa.

Una cabellera y una barba abundantes, pero descuidadas y súcias, servian de fatídico marco á aquella fisonomía siniestra. Pero si su aspecto podia ser y era repugnante para la mayoría de las gentes, un hombre observador hallaba en aquel desdichado algo extraordinario que inspiraba curiosidad primero y despues una mezcla de simpatía y repulsion.

El traje que llevaba, en estremo deteriorado y súcio, indicaba, á pesar de su mísero estado, que

su dueño ó le habia recibido como desecho de alguna persona caritativa de la clase media, ó que él mismo habia pertenecido á aquella clase.

Componíase de una levita sin pelo ya, y con muchos descosidos, que conservaba un boton cerca del cuello, gracias al cual podia ocultar el pobre hombre la falta de camisa y de corbata; de un chaleco oscuro, no mejor conservado que la levita, y de un pantalon de cuadros escoceses, descolorido y ajado, que caia sobre unas botinas rotas y desvencijadas, todo desfilachado en los bordes. Un sombrero de copa raido y apabullado cubria la cabeza de aquel hombre, que poco ménos que arrastrándose, habia llegado hasta el banco en donde le presento á los lectores.

En medio del animado cuadro que ofrecian las gentes que á pié y en coche se dirigian á la Plaza de Toros, aquella figura era una disonancia en el concierto general.

Pero ni los que pasaban alborotando en los vehículos, ni los que á pié caminaban presurosos por temor de perder un detalle cualquiera de la fiesta, reparaban en él.

Una familia de artesanos, que con el aprendiz

y la merienda tradicionales, se dirigia tal vez á las Ventas del Espíritu Santo, ocupó algunos momentos el banco en donde estaba nuestro hombre; pero instintivamente dejaron aquellas personas un espacio entre él y el sitio que ocuparon. Un pequeñuelo al verle, comenzó á llorar; un falderillo que seguia al aprendiz jugueteando, se tornó en reservado primero, gruñó despues, y acabó por ladrar al desconocido.

La familia se puso en marcha, y el doctor, que involuntariamente se habia fijado en aquel desdichado, notó que muchas personas que al ver casi vacío el banco que ocupaba llegaban á él para sentarse, seguian al mirar al personaje, renunciando al descanso apetecido por librarse de su fatídica vecindad.

El contraste hirió primero la imaginacion del doctor; poco á poco fueron interesándole la figura, el aspecto, los detalles del desconocido, y acabó por no perder uno solo de los movimientos de su fisonomía.

Algo extraordinario le preocupaba.

Y esta preocupacion no debia ser la pobreza, ni siquiera el hambre; la miseria y la debilidad

constituian ya su penoso modo de ser. Quizás era la desesperacion lo que ardia en su cerebro: las contracciones de sus músculos, la expresion como de despecho que de cuando en cuando dibujaban sus lábios; las llamaradas que desprendian sus ojos; todos estos síntomas, acusaban en el interior de aquel cuerpo abatido, una de esas terribles tempestades de la vida.

Para el pobre hombre no habia más mundo en aquellos instantes que el que llenaba su pensamiento. No veia el júbilo que como oleadas vertiginosas llegaba hasta su banco y allí se detenia, para retroceder y reproducirse; ni oia los gritos ni el ruido de los carruajes; ni reparaba en la repugnacia que inspiraba á los que pasaban á su lado.

El bullicio cesó, la gente llenaba ya las gradas del circo; sólo los paseantes, en pequeños grupos ó solitarios, y de tarde en tarde, discurrian hácia la carretera ó el Parque de Madrid.

El doctor, poseido de un piadoso interés y de una bondadosa curiosidad, seguia observando atentamente al mísero personaje.

No se equivocaba en sus apreciaciones: la des-

esperacion le dominaba, y, despues de una larga série de desdichas, habia llegado casi arrastrándose hasta el asiento en que le hemos hallado, decidido á haçer el último esfuerzo, dado su carácter, para hallar medios de vivir.

Aquella tarde tenia que resolverse á implorar la caridad ó á poner término á sus desventuras.

Soberbio en el último grado; como sucede a que se vé dominado por este defecto en la pobreza, sostenia una terrible lucha consigo mismo. Ese movimiento tan natural, tan fácil de la mano que se extiende respetuosa para pedir amparo, le humillaba á sus ojos, le parecia imposible realizarlo.

—No hay remedio, se dijo. Quiero hacer la ultima prueba, quiero tener razon, quiero convencerme de que la Providencia me ha abandonado por completo.

Y al pensar así, hizo un movimiento, en el que leyó el doctor su determinacion; fijó los ojos en el espacio que le rodeaba y vió á corta distancia un grupo compuesto de una niña de cuatro años, lujosamente vestida, que corria empujando un aro, y detrás, recreándose en la ligereza y dono-

sura de la niña, sus padres, jóvenes, bien vestidos, rebosando salud y felicidad.

—¡Hay séres venturosos! pensó... y por efecto de un movimiento nervioso, se levantó al mismo tiempo que pasaba á su lado la pareja feliz.

Al verle murmuró la señora:

—Perdone usted por Dios, hermano.

—Nadie le ha pedido á usted nada,—contestó el hombre, ó mejor dicho, su soberbia, cayendo de nuevo como desplomado en el banco.

Cinco minutos despues pasó cerca de él un caballero, bajo, grueso, rechoncho, colorado, bien portado, con todo el aire de un hombre que ha comido bien y pasea para hacer una buena digestion.

En torno suyo jugueteaba un perro de aguas, muy limpio y muy peinado. Su amo le habia comprado una rosquilla é iba dándosela poco á poco, gozoso de la habilidad con que el animalito cogia en el aire los pedazos que le arrojaba.

—Caballero—balbuceó el desconocido dominándose,—no tengo que comer... Déme usted una limosna por Dios.

El perro comenzó á ladrarle tomando una ac-

titud amenazadora; el caballero se contentó con pasar de largo murmurando:

—¡Ven aquí, Perla!... Demonio de pobres....! No se puede dar un paso sin hallar uno... Trabaje usted, que es usted jóven... ¡Toma, Perla... toma!...

El pordiosero llevó instintivamente la mano al pecho, tocó un objeto que guardaba en el bolsillo, una mirada satánica brilló en sus ojos, y comenzando á caminar apresuradamente hácia la entrada del parque:

—Basta ya de humillaciones,—se dijo;—la Providencia lo quiere... sea.

—Nó, pues yo no me quedo sin conccer el desenlace de esta historia, pensó el doctor levantándose y siguiendo al desconocido.

En aquel instante resonaban á lo lejcs los gritos y los aplausos con que el pueblo de Madrid saludaba delirante al torero que habia descabellado al primer bicho de la corrida.

II

Un trato original

Apenas entró el desconocido en el Parque de Madrid, torció hácia la derecha, y por una de las calles de aquel lado, solitarias casi siempre, llegó hasta la plazoleta del ciprés, ciprés que, segun cuenta la tradicion, plantó la misma esposa de Felipe IV cuando fué asesinado el marqués de Villamediana.

El reducido círculo en cuyo centro se levanta el árbol de fúnebre memoria, ofrece al paseante cuatro asientos.

Casi todos los lilos del Retiro estaban saqueados por los madrileños; pero en aquel paraje se conservaban aún esas hermosas flores de pocos dias que embalsaman el aire con su aroma, y encantan con su sencillez y belleza.

Nuestro hombre, que habia acortado el paso insensiblemente, se sentó de nuevo en uno de los bancos de la plazoleta, y luchando siempre, quedó como abismado.

El doctor pasó cerca de él sin que lo notara, llegó hasta la ancha calle de las estátuas y tornó á la plazoleta, sentándose enfrente del desconocido.

—Pues señor, este hombre me interesa—se decia el anciano...—es un estudio la observacion que vengo haciendo de él, y no le dejo hasta que la casualidad ó mi maña, descifren el enigma que presenta á mis ojos.

El pordiosero, en un instante se levantó dos ó tres veces y volvió á sentarse. De pronto fijó una mirada en el doctor, y viendo con rapidez una magnífica cadena de oro que resaltaba sobre el oscuro chaleco, cruzó una idea horrible por su imaginacion.

Instintivamente miró alrededor y vió que no habia nadie más que aquel caballero que poseia una rica alhaja. Alargó el oido y no percibió ni el más leve ruido.

—Nadie me vé, este paraje es solitario, tengo

una pistola, pensó: es un anciano, breves segundos me bastan para apoderarme de esa joya, y con ella... ¡ah! con ella puedo hallar lo que busco, lo que me niega la suerte.

Pero antes de levantarse para realizar tan malvado intento:

—No... no... se dijo... ¡Unos cuantos dias más á costa de un crímen!

Y cerrando los ojos para no ver la cadena que con su brillo parecia una tentacion, se levantó dirigiéndose hácia el estanque chinesco.

Allí habia gente y continuó su camino.

—Viviré—pensó—hasta que todos se retiren y anochezca.

Hora y media lo ménos estuvo paseando; y como veia alguna que otra vez al doctor, que no le abandonaba y podia soportar la caminata, gracias á su vigor, llegó á figurarse que le seguia, y procuró aprovechar para escabullirse el momento en que en todas direcciones afluia la gente á la alameda próxima al estanque, para retirarse del paseo.

Todavía habia alguna claridad en el firmamento; la corrida de toros terminaba y se oia á

lo léjos el murmullo de los que volvian cansados y desfallecidos de la fiesta nacional, cuando el aire llevó á los oidos del desgraciado el sonido de una campana que tocaba á oraciones.

Este sonido evocó en él un recuerdo doloroso.

—¡Madre mia!—balbuceó elevando los ojos al cielo!...—perdóname!

Y completamente resuelto á consumar el fatal acto que meditaba, se dirigió de nuevo á la plazoleta del ciprés.

Aun resonaba el eco de la campana, cuando sacando del bolsillo del pecho de la levita un cachorrillo y un papel doblado, dejó el papel sobre un banco y cogió el arma con la diestra, colocando el helado cañon sobre su ardiente sien.

—¿Y si no muero?...—pensó.—¿Cómo hacer para pasar en un segundo de la vida á la muerte?

Maquinalmente dejó caer el brazo.

—Gracias á Dios que le hallo á usted—dijo el doctor;—se me escabulló usted entre la gente, y ya desesperaba de volver á verle. Por fortuna aún llego á tiempo.

—¿Qué quiere usted de mí?—preguntó con mal modo el desconocido, ocultando el cachorrillo.

—Tranquilícese usted, no vengo á disuadirle de su resolucion. Desde que me fijé en usted cuando estaba sentado frente á la Puerta de Alcalá, he comprendido que atravesaba usted una situacion muy crítica, que abrigaba usted proyectos fatales; y cuando la desesperacion se apodera de un hombre y le impulsa á acabar con su vida, es inútil intentar apartarle de su designio. Usted se matará, puesto que así lo ha decidido; pero retarde usted algunos momentos la ejecucion de su deseo, y oiga usted una proposicion que voy á hacerle.

Las palabras del doctor sorprendieron al suicida. Cuando esperaba unas cuantas frases vulgares destinadas á demostrarle lo horrible del atentado que iba á cometer, quedó desconcertado al ver la serenidad y hasta la benevolencia con que apreciaba su propósito.

—Déjeme usted en paz—le dijo—siga usted su camino, y no se ocupe para nada de mí.

—Mal recibe usted á quien pudiendo estorbar su propósito, al ménos por ahora, con sólo dar un grito, respeta su voluntad y sólo le exige unos cuantos minutos para hacerle un favor.

—Hable usted pronto, y despachemos de una vez.

—¿Está usted bien resuelto á levantarse la tapa de los sesos?

—¡Caballero!

—No le extrañen á usted mis palabras: soy viejo, y por añadidura médico, lo que quiere decir que conozco física y moralmente al sér humano. Los que se creen más fuertes, vacilan al llegar á ese momento misterioso que nos lleva á los brazos de la muerte; el frio cañon de la pistola calma un instante el ardor de la fiebre, y el que no se arrepiente duda, vacila, teme...

—Yo—dijo el pobre hombre con entereza,—estoy resuelto á morir.

—Entonces no hablemos más del asunto y pasemos á otro capítulo. Usted dará cuenta á Dios de su resolucion. Si fuera sacerdote procuraria apartarle del abismo; siendo médico mi anhelo es que su muerte de usted, ya que es inevitable, sea útil á la ciencia, y por lo tanto, á la vida de los séres que llevan con paciencia las penalidades de este mundo. Lo que he observado en usted, me prueba que su existencia ha sido agitadísima,

y como el cuerpo aniquila al alma y el alma destruye al cuerpo cuando luchan en un sér; y como estos interiores y silenciosos combates tienen sus causas físicas y morales tambien, el estudio de una organizacion semejante ha de ser preciosísimo.

—¡Se burla usted de mí!—preguntó el suicida incomodado.

—Líbreme Dios de semejante inconveniencia —contestó el doctor con un acento de sinceridad que desarmó de nuevo á su interlocutor.—Lo que deseo es que no se me escape la ocasion de hacer una autopsia que ha de proporcionarme datos de gran valor en beneficio de la ciencia que ejerzo. En una palabra, quiero comprar á usted su cadáver.

—¡Mi cadáver!—exclamó estupefacto el suicida.

—Sí por cierto. Si usted realiza su proyecto ahora, el primero que le vea dará parte al juzgado, vendrá á este sitio, y al practicar las diligencias que prescribe la ley, dispondrá que su cuerpo de usted sea conducido al depósito del Hospital General. Allí se hará una autopsia de

rutina, el médico forense explicará las condiciones de la herida que ha causado su muerte de usted, se dispondrá el entierro, y pare usted de contar. Pero si usted, escuchando mi ruego, añade tres renglones á esa carta que ha dejado en el banco, si en uso de su perfecto derecho y alegando, para evitar hablillas, que en atencion á los favores que yo he podido dispensarle, dispone usted que se le haga una autopsia detenida y que yo sea el encargado de ejecutarla, su desgracia de usted puede ser útil á la humanidad; y como hasta los muertos parecen poseidos de cierta vanidad que yo llamaria de ultratumba... ¡qué diantre! no es cosa de desperdiciar la ocasion que le ofrezco de ganar en vida unos cuantos miles de reales y de llegar á ser despues de muerto un caso célebre, un asunto de estudio, un motivo para que yo primero, y los que me secunden despues, llenemos unas cuantas hojas de un libro con las observaciones científicas que usted puede proporcionarme.

El mísero suicida oia al doctor con una mezcla de curiosidad, de asombro y de terror.

Aquel lenguaje, en aquel sitio y en aquel mo-

mento; la presencia del doctor, que imponia y encantaba; la idea de que aquel cuerpo que él despreciaba podia valer aún unos cuantos miles de reales y ser útil á la ciencia; la satisfaccion de quedar en la memoria de los hombres como un caso de estudio; el recuerdo de sus desdichas, el miedo, que miedo es lo que hace temblar la mano que empuña el arma destructora; todos estos sentimientos confundidos y agitados en su cerebro, le habian colocado en una situacion que ni podia ni trataba de explicarse, pero que era extraordinaria y violenta para él.

—Nada, nada—prosiguió el doctor aprovechando el desfallecimiento de su interlocutor—el asunto es sencillo. Soy rico y puedo permitirme el lujo de pagar cara mi curiosidad; aunque viejo soy fuerte, y puedo esperar si por acaso resuelve usted aplazar la ejecucion de su proyecto ó dejarla á las manos destructoras del tiempo. De todos modos, esa naturaleza está minada y mi propósito llegará á cumplirse. Deje usted hasta mañana la realizacion del suicidio, véngase usted conmigo, redacte usted ese testamento en mi favor, cobre usted la cantidad que estipulemos,

tres ó cuatro mil reales, lo que usted crea justo, que yo no quiero aprovecharme de la ocasion; y si tiene usted familia y persiste en matarse, al ménos tendrá usted el consuelo de dejar algo á los séres queridos de su corazon. Si es usted solo, disfruta usted unos dias más del mundo; en fin, yo sólo exijo que cuando muera usted me entreguen su cadáver. Me parece que no puedo ser más generoso ni ménos exigente.

—¿No me engaña usted?—preguntó el suicida, al mismo tiempo que, agitado por una crísis nerviosa, dejaba caer el cachorrillo y cogia con las suyas la mano del doctor.

—Es demasiado solemne este momento, y ni mi edad ni mi carácter se prestan á esas burlas que usted supone. Cierto es que mi proposicion le habrá estrañado; reconozco que no es muy natural sorprender á un suicida, dejar el arma en sus manos, tolerar un propósito y ofrecerle dinero por sus restos. Pero la Providencia, si usted cree en ella como yo, ó la fatalidad ó la fuerza superior que usted reconozca, hace que se verifiquen en la vida sucesos extraordinarios: este es uno de ellos. En último resultado, si usted

juzga una extravagancia mi deseo, si no acepta usted mi oferta, dispense usted que le haya molestado, lleve usted á cabo su resolucion, y al separarme de usted pediré á Dios qué le perdone. Ya he dicho á usted cuanto tenia que decirle; ahora conteste usted.

—Vamos donde usted quiera—dijo el suicida, como impulsado por una fuerza sobrenatural, recogiendo la carta y el cachorrillo y guardando aquellos objetos en el bolsillo de su raida levita.

—Por de pronto á mi casa—exclamó el doctor, satisfecho del éxito que habia alcanzado su estratagema.

—Guíeme usted—añadió el pobre hombre, fascinado por completo.

Los dos personajes de la extraña escena que acabo de referir, se pusieron en marcha.

El doctor guardó silencio durante el camino, dejando á su interlocutor que reflexionase en lo extraordinario é inesperado del suceso.

Media hora despues llegaban á la calle del Cármen, donde el doctor tenia su domicilio.

El mísero suicida creia que cuanto le pasaba era un sueño.

Confesemos en honor de la verdad, que no le faltaba motivo para sospecharlo.

III

El cuerpo humano

Apenas pasó el doctor con su protegido por delante de la portería de su casa, el portero y su mujer cambiaron estas frases:

—Ya decia yo, al ver cuanto tardaba D. Pedro, que alguna buena obra le entretenia.

—Lo que es el pobre hombre que le acompaña, más que persona viviente parece un muerto que se ha escapado de la sepultura!

—Peores que él los hemos visto entrar, y en pocos dias los ha curado y los ha puesto en condiciones de ganarse la vida.

—Y si no que lo diga la señora Gertrudis. ¡Pobre mujer! Aún me parece que la estoy viendo cuando llegó á la portería á preguntar por el

doctor. ¿Pues y su hija? Aquella niña escuálida!.. No hubiera dado yo dos cuartos por la vida de aquellas infelices! Y ahí tienes lo que es ser bueno y saber mucho. En los seis años que han pasado, Matildita, robusta y educada como las hijas de los grandes señores, ha hallado un buen marido; y su madre, aunque triste siempre, se ha repuesto, ha manejado como una mujer de su casa la de su protector; no le falta nada, y mañana cuando muera don Pedro, que no tiene herederos, le dejará todo cuanto posee, y ya ves tú; aunque ella por su edad no pueda disfrutarlo, le queda todo á su hija, que dicho sea de paso y sin ofender á nadie, se merece eso y mucho más.

—¡Dios la saque con bien de su cuidado!

—La señora Gertrudis, que ha ido á asistirla como buena madre, no tardará en volver. Buitrago no está lejos, hay diligencia, y el dia ménos pensado la tenemos aquí.

Se ha dicho con razon que los porteros suelen ser indiscretos: esta vez nos han ahorrado unas cuantas páginas las frases que hemos oido á los de la casa del doctor, y debemos dar por bien empleada su indiscrecion.

Gracias á ellos, sabemos el nombre de pila de nuestro buen doctor, sus sentimientos caritativos, y lo que es más, que recogió á una pobre mujer con una niña, que las libró de las garras de la miseria y de la muerte, que la niña creció y tomó estado, que su madre, convertida en ama de llaves de D. Pedro, habia ido á Buitrago á acompañar á su hija en el momento en que la jóven iba á su vez á pagar el tributo de la mujer.

Lo que no sabemos, pero yo lo diré, es que Matilde se habia casado con un jóven médico, discípulo predilecto del doctor, que desempeñaba las funciones de su profesion en la citada villa.

Cuando se va á tratar á una persona, bueno es enterarse de sus antecedentes y de los de cuantos la rodean; y para esta clase de investigaciones, los porteros son inapreciables.

Pero pasemos ya de la portería y penetremos en el cuarto que habitaba el doctor.

Todo revelaba en él, la vivienda de un hombre de órden, amigo del estudio, y bondadoso por excelencia.

Un doméstico jóven aún, de rostro franco y simpático, abrió la puerta.

—Buenas noches, señor, dijo con acento de cariñoso respeto.

—Muy buenas, Casimiro, contestó: dí á la Gervasia que traigo un huésped, y que los dos tenemos buen apetito.

—Todo está ya dispuesto, y añadiendo un cubierto, pueden ustedes sentarse á la mesa cuando gusten, contestó el fámulo.

—Venga usted á mi gabinete, dijo el doctor á su protegido.

Este, que no podia darse cuenta de lo que le pasaba, siguió maquinalmente á su protector, y pasando por una sala amueblada con elegante severidad, llegó precedido de D. Pedro á un espacioso gabinete.

—Tome usted asiento y descanse un instante... Yo soy un hombre de costumbres, y como viejo, comodon. No estoy á gusto en casa sino con mi bata y mis anchas babuchas; por otra parte, hemos andado mucho, y antes de sentarse á la mesa, es oportuno reposar unos cuantos minutos siquiera.

—Pero, caballero...—balbuceó el huésped.

—Le dejo á usted, vuelvo en seguida.

Y desapareció por una puerta que habia en el fondo del gabinete.

—¿Qué es lo que me sucede?—se decia aquel hombre que habia resuelto una hora antes poner término á su vida, y se encontraba en una casa elegante, cerca de un venerable y simpático anciano, que le trataba con la mayor bondad y que le habia ofrecido una suma, para él fabulosa, por lo que en su opinion tan despreciable era, que iba á destruirlo para que lo arrojasen á la tierra los sepultureros del hospital. ¿No es esto una fascinacion, un delirio?—añadia.—¿Con que aún hay en mí algo que vale, algo que incita á un sábio á preocuparse de mí? La suerte, que tan abandonado me ha tenido, ¿viene á mí en la postrera hora de mi vida?

El doctor interrumpió su meditacion.

—Ea—le dijo—ya me tiene usted á sus órdenes; vamos á comer en paz y en gracia de Dios como dos buenos amigos.

—Caballero, yo...

—Supongo que no se negará usted á complacerme. Hasta que recobremos las perdidas fuerzas, ni usted ni yo estamos en disposicion de tra-

tar un negocio de tanta trascendencia como el que le he propuesto. Que tiene usted arreglados sus asuntos y que por consiguiente puede disponer del tiempo, me lo prueba la resolucion que iba usted á ejecutar hace poco. Despues de comer hablaremos, usted accederá ó nó á mis indicaciones; si no tiene usted hogar y acepta mi hospedaje, pasará la noche bajo este humilde pero hospitalario techo, y mañana con más calma, con más reflexion, podrá usted resolver.

Sin darle tiempo para formular una respuesta, le guió al comedor, en donde al mismo tiempo entró el criado con la sopera.

—Siento—dijo D. Pedro—que no se halle en Madrid mi ama de llaves, una excelente señora que sabe hacer los honores á mis huéspedes mejor que yo. Pero deberes y afecciones respetables la han obligado á ausentarse por unos dias. Casimiro... dí á Gervasia que te dé una taza de caldo... no muy llena, ¿eh? Usted, amigo mio, está débil y es necesario no disgustar al estómago que es nuestro tirano. Cortaremos el caldo con vino añejo, lo tomará usted poco á poco; y recuperará el vigor que le falta.

La materia, impulsada por el instinto de conservacion, dominó el espíritu del desdichado suicida.

—Ante todo, dijo el doctor, va usted á permitirme una observacion. Hace tres ó cuatro horas que nos conocemos, hemos pasado en este breve tiempo por situaciones algo extrañas; yo he traido á usted á mi casa, le he sentado á mi mesa, y ni usted sabe cómo me llamo, ni yo cuál es la gracia de usted.

Dando el ejemplo, dijo su nombre al desconocido.

Este, obedeciendo á un sentimiento de sinceridad, iba á pronunciar su nombre y su apellido; pero conteniéndose y reflexionando que no le convenia ser sincero en aquella ocasion:

—Puesto que usted lo exige, exclamó, le diré que me llamo Juan Fernandez.

—Perfectamente, ya podemos nombrarnos. Y por cierto que su nombre de usted, aunque vulgar, me es muy simpático. Mi hijo mayor, que murió á los veinte años, se llamaba como usted. ¡Pobre muchacho! Ahora tendria veintiocho, habria acabado la carrera de ingeniero, que siguió con

gran lucimiento, y seria un hombre digno de su patria y digno del amor que yo le profesaba. Esas sí que son penas, prosiguió el doctor. ¿Usted no tiene hijos?

—No, señor,—contestó Juan, que así le llamaremos en adelante.

—Entonces no me comprenderá usted; yo he tenido dos, y los dos los he perdido cuando estaban á punto de realizar las dulces esperanzas que su existencia me habia hecho concebir, cuando constituian todo el encanto de mi vida. Mi pobre ciencia no me sirvió de nada; los séres más queridos de mi corazon han desaparecido de mi vista sin que cuantos esfuerzos he hecho para salvarlos hayan sido eficaces. ¡Y me he quedado solo, completamente solo! Amaba á mi familia, era mi centro; por crearla primero, por sostenerla despues, he trabajado mucho. Pobre al principio, sufria, porque la escasez de mis recursos no me permitia rodear de comodidad á los séres que eran vida de mi vida; y cuando vencido el rigor de la suerte empecé á prosperar, fueron alejándose poco á poco de mi lado. ¡Ah, he sufrido bastante!

Desde entonces he buscado otra familia y la

he hallado; una familia muy numerosa por cierto; los que sufren, los pobres, hé ahí mis hermanos. Pero soy un charlatan y no le dejo á usted meter baza. Tome usted ese caldo, fortalezca ese estómago que ha perdido las fuerzas, recobre usted el vigor, y siquiera hasta que tome usted una resolucion definitiva dé usted tregua á sus pesares.

Juan obedeció maquinalmente; pero estaba tan débil, que los primeros sorbos del caldo que tomó le produjeron una congoja.

—Eso no es nada—dijo el doctor, mojándole las sienes con agua fresca y dándole á oler un poco de vinagre.

Cuando á los pocos segundos experimentó una reaccion:

—Tengo que ser inexorable con usted—añadió;—aunque le he convidado á comer, me veo obligado á atarle corto para evitar una catástrofe. Tome usted poco á poco ese caldo... se conoce que tenia usted olvidado al estómago, ya estaba resignado con su suerte, y el brusco llamamiento que hace usted ahora á su actividad le produce el espasmo que le ha privado del cono-

cimiento durante unos segundos. Eso mismo me explica la terrible determinacion que habia usted tomado. Con razon dice el vulgo que el hambre es mala consejera. Sea usted franco, domine usted un instante la soberbia que, ó mucho me equivoco, ó constituye el rasgo principal de su carácter, y dígame usted la verdad. ¿Hace mucho tiempo que no ha tomado usted alimento?

—Más de treinta horas.

—¡Claro! así se comprende el desfallecimiento de su estómago.

—Agotados mis últimos recursos, abandonado de todo el mundo; antes de sucumbir al hambre, he querido acabar de una vez con mi mísera vida.

—¿Es decir, que usted ha llegado á pensar que era completamente pobre?

—Sí; mucho más que los que piden limosna por las calles; pobre de alma, porque los desengaños han acabado con mis ilusiones, porque he perdido el afecto de cuantos séres me estimaban y hasta la conmiseracion de los demás; pobre de fuerzas, porque los padecimientos morales han minado mi salud, y estoy á los treinta y seis años achacoso y enfermo; pobre de recursos, por-

que no tengo una sola moneda para comprar el alimento necesario.

—Eso es, y por lo mismo ha dicho usted: más fácil es morir que luchar.

—He llamado en mi auxilio á la caridad.

—Sí, ya lo he visto; pero se equivocó usted de medio á medio creyendo hallar esa hermosa virtud bajo la forma de un hombre colorado y regordete, en cuyo rostro aparecian todos los rasgos que caracterizan el egoismo.

—Sus palabras groseras me decidieron. La injusticia que impera en las cosas humanas, lleva del desaliento á la desesperacion.

—¿De modo que usted execra á aquel hombre, al parecer acomodado y hasta rico, que le negó una limosna?

—Sí, porque nadie tiene derecho á lo supérfluo mientras hay algun sér que carece de lo necesario.

—¡Preciosa teoría!

—He sufrido tanto... la humanidad ha sido mi mayor enemigo. Ella con su desdén, con su egoismo, con su iniquidad, me ha llevado al último límite de la paciencia, y ha puesto en mis

manos el arma que usted ha detenido... lo diré francamente... más inspirándome la esperanza de encontrar ocasion de vengar los ultrajes que he recibido, que el deseo de vivir.

—Veo que se anima usted, que recobra las fuerzas vitales y eso me agrada, porque tengo que decir á usted cosas muy duras, y no es generoso hablar fuerte á los débiles. ¿Conque quedamos en que usted execra al caballero despiadado que le ha negado una limosna?

—Sí...

—Pues amigo mio, comience usted por execrarse á sí propio; lo que aquel desalmado ha hecho con usted, lo ha hecho usted antes con su estómago.

—¿Es culpa mia carecer de recursos?

—Sí... todo sér trae á la vida la verdadera, la sólida, la única riqueza; la que Dios dá, la que es preciso conservar para cumplir la ley divina. La sociedad califica á los pobres y á los ricos por la fortuna, y, sin embargo, debia calificarlos por el estado de su salud. Cada hombre lleva su destino en su corazon, han dicho algunos filósofos: donde lo lleva es en su organismo. Por eso desde

la más remota antigüedad, es un axioma *mens sana in corpore sano;* esto es, en cuerpo sano y robusto, inteligencia sana y fecunda. Usted creia que iba á suicidarse hace poco, y es un error: viene usted suicidándose desde hace tiempo. Vea usted lo que es esa fortuna que nos dá el Creador al traernos á la vida con elementos propios para vivir; esa preciosa máquina que posee lo mismo el pobre obrero que el opulento capitalista, aun arruinada y todo como está la de usted, todavía puede dar goces al ingrato que la ha desconocido y abandonado; todavía, digna hechura del Hacedor, puede dar bien por mal.

Todas estas observaciones, expresadas con la más sincera naturalidad por el doctor, impresionaban á su protegido y excitaban su curiosidad.

—Voy á explicar á usted, si no lo lleva á mal, la conducta que ha observado usted con el mejor amigo, con el elemento más útil que tiene usted en su cuerpo; y si es usted leal, confesará que la sociedad que tan acerbas censuras le inspira, no ha hecho con usted más que vengar á su pobre estómago; ó de otro modo, que ha recogido usted lo que ha sembrado.

La Providencia, prosiguió el doctor, pone al lado del niño una madre. Provisto el recien nacido de la preciosa máquina que ha de facilitarle los medios de vivir, apropiándole cuanto necesita de la naturaleza; esa madre, movida por un impulso divino, por el amor, con su sangre le dá el alimento del cuerpo, y al mismo tiempo el gérmen de los sentimientos que han de elevar á Dios su alma. Pues bien, desde el primer momento, así como el espíritu tiene un ángel que le inspira el bien, y ese ángel es la madre, la máquina, á través de la existencia, tiene un activo é inteligente maquinista, sin el cual la parálisis sucederia al movimiento y la muerte á la vida.

Si antes que el abecedario y la doctrina se enseñara á los párvulos en las escuelas primarias á admirar la grandeza y la sabiduría del Sér Supremo, dándoles una idea siquiera de la estructura del cuerpo humano, desde temprano aprenderian á estimar y conservar esa preciosa máquina que ha de contribuir á su bien ó su mal en el mundo, y que es lo que abandona más fácilmente.

El maquinista de que hablamos es el estómago, y aun me parece que no le califico con todo el respeto que se merece. No sólo dirige sino que trabaja. Es el más activo operario del laboratorio misterioso. Trabaja con afan para todos los órganos del cuerpo, y de su tarea y de su buen estado de salud y hasta de su alegría y buen humor, dependen la armonía y bienestar de los diversos y complicados mecanismos que producen la fuerza, la razon y el sentimiento, atributos que completan á la criatura humana.

Parece que me escucha usted con extrañeza y no sin cierta curiosidad—añadió el doctor—reparando la atencion que su protegido prestaba á su relato. Lo celebro, porque de esta manera podrá usted convencerse de la injusticia con que ha acusado á la Providencia de sus desdichas; y si esto no sucede y persiste usted en su deseo de destruirse, al ménos sabrá usted lo que destruye.

Juan quiso articular algunas palabras, pero no acertó á coordinarlas.

Aquella reaccion que experimentaba despues de haber tomado un alimento sano y fortificante, los horizontes que las indicaciones del doctor

abrian ante sus ojos, los recuerdos de su pasado, algunas esperanzas que eran en la noche de su alma como la tibia y dulce luz de un crepúsculo; todo esto producia en su ánimo un efecto extraño.

Sufria y gozaba, y ya que no con los lábios, con los ojos indicaba al doctor que prosiguiera su relacion.

—Un escritor tan sábio como discreto—continuó el doctor—explicando á una niña la historia útil y entretenida de un bocado de pan, ha dicho que el estómago es una pequeña república independiente de la soberanía del sér humano. El hombre manda á los ojos, á la mano, á la boca, dispone de todos sus miembros; pero su poder se detiene en las fronteras de esa república, que á cambio de su autonomía, sostiene el vasto imperio en cuyas entrañas se alberga. Quizá no es esto lo que sucede. Fiel servidor, obrero infatigable, préstase diligente al trabajo que su dueño le impone, y mientras no le exije sacrificios imposibles, le enriquece con su tarea y le ofrece todo género de felicidades. Su tiranía, no es tiranía, es desesperacion. Cuando no se tiene con él nin-

guna consideracion, cuando incesantemente se le ocupa sin darle reposo, cuando se le exijen fuerzas quitándole las naturales, protesta primero, despues sufre las consecuencias de este rigor; y el que tal hace labra su propia ruina.

El niño con los caprichos de su glotonería, cuando un padre ó una madre no saben corregirle; el jóven que al descubrir con la imaginacion los espacios ideales del pensamiento y las encantadoras bellezas del sentimiento, corre en pos de esas fantásticas imágenes que se escapan de sus manos, y olvida la *miserable* materia, para volar á impulso del espíritu; el hombre dominado por sus pasiones y sacrificando al deseo de lo desconocido la apacible tranquilidad que ofrece la armonía, el equilibrio de las fuerzas vitales... todos, más ó ménos, por un motivo ú otro, todos desconocemcs las virtudes de los órganos que en nuestro sér se agitan sin otro móvil que la conservacion del fuego sagrado que, como las antiguas vestales, están llamadcs á conservar; y de aquí, de este olvido, de este abandono en que no incurren los animales, cuyo instinto de conservacion es para el hombre un ejemplo contínuo y

elocuente, no ya los padecimientos físicos, no ya el desmoronamiento del edificio, sino la ruina lenta y sucesiva de las facultades intelectuales y morales, la perturbacion, la perversion del espíritu, la vida artificial y dolorosa de los apetitos desordenados, de las pasiones destructoras, los crímenes y las catástrofes de la humanidad.

Recuerde usted su historia, fíjese usted en los detalles de su vida, abárquelos usted en conjunto, y verá, respecto de su estado, cómo tengo razón en lo que digo, cómo pongo el dedo en la llaga. Apenas un órgano esencial pierde su fuerza, deja de ser; el cuerpo muere y el espíritu vuela.

Como el último sér organizado, el tipo humano de más perfecta inteligencia, de más exquisita sensibilidad, pierde su forma y sucumbe desde el momento en que le falta la razon esencial de su existencia. Esta razon de ser tiene un nombre vulgar; pero que representa una funcion sublime. Se llama nutricion; y á la nutricion del cuerpo humano, vaso sagrado de esa chispa divina que forma el génio, concurren tres actos esenciales tambien: la digestion, la circulacion y la respiracion.

Todo está maravillosamente combinado por el gran artífice. Las ruedas de la máquina se mueven acompasadamente, gracias á la circulacion de la sangre; y la sangre se forma y se conserva gracias al trabajo incesante del estómago y de otros órganos supeditados á él y con él en contacto, que elaboran los elementos que constituyen esa fuerza motriz. Nada falta; el corazon, como el péndulo del reloj, regula el movimiento de esa circulacion bienhechora; la digestion la enriquece, la respiracion la purifica..

¡Oh! es asombroso, y si pudiera usted conocer detalladamente todas las piezas del cuerpo humano, se moriria de dolor por haber contribuido á destruir obra tan grande, que sólo la divinidad ha podido idearla y producirla.

La sangre, prosiguió, vivifica todos los órganos. Los pulmones, gracias al aire que respiramos, adquieren las cualidades excitantes, el vigor necesario para desempeñar su cometido en su rápido y casi eléctrico viaje por todo el organismo. De los pulmones vá al corazon, y desde allí recorre todos las arterias, llevando á todas partes el principio vital. Dá cuanto tiene, se

queda pobre, pero no desmaya como usted y como tantos otros; trabaja, busca y toma el producto de la digestion, que se llama quilo, y vuelve á su eterno viaje. ¿No ha visto usted alguna vez en medio de las calles, á favor de las escavaciones que se hacen, tubos de hierro ó de plomo? Los unos llevan á las viviendas el agua clara y cristalina, tan necesaria para la vida; los otros reciben las aguas sucias que han servido y las llevan por las alcantarillas á los campos, donde se trasforman tambien y vuelven á ser útiles. Pues bien; las primeras, son en el cuerpo humano las arterias, las segundas las venas.

Y así como el agua corriente mueve el batan y agita todos los brazos de la fábrica, la sangre arterial pone en movimiento todos los órganos en su constante marcha y acude en mayor proporcion á los que piden sus servicios. El cerebro que piensa la necesita; la mano que trabaja, los piés que corren, el estómago que digiere, no pueden prescindir de ella sin que su obra sea imperfecta y funesta.

Todas estas funciones las preside el cerebro, jefe de todo, verdadero gabinete central de

telégrafos, que por medio de una red de nervios, ó como si dijéramos, hilos eléctricos, se comunica con todos los estados de su imperio por pequeños que sean. Sus súbditos le avisan y acude á todos en seguida, empleando para la defensa y la conservacion una falange de servidores inconscientes, pero sumisos, que no se mueven por sí, pero que obedecen en el acto las órdenes que reciben, y son fuertes y sufridos: los músculos.

Los sentidos avisan: ora los ojos, ora el oido, ora el tacto, ora el olfato, ora el gusto, ora esé otro sentido que Topffer llama el sexto, que condensa á los demás y que es el sentimiento.

El menor peligro, el menor temor, el más insignificante goce, lo trasmiten al jefe del estado, al cerebro; y este decreta por medio del telégrafo de que dispone para atender con eficacia á las necesidades de sus súbditos. La noticia corre por los nérvios, y entonces los soldados del imperio, los músculos, ejecutan. Hay que correr, pues corren; hay que oponer resistencia, pues resisten; sí, amigo mio, dentro del cuerpo humano está el modelo más perfecto del organismo social y político de los pueblos. Todas las

clases funcionan en su órbita y se prestan auxilio. Es el sistema representativo en su mayor grado de perfeccion. Del bienestar de todos los órganos, del equilibrio de todas las funciones, dependen la salud, la prosperidad y la vida. Y para conseguir el bienestar y el equilibrio, son necesarias, ya se lo he dicho á usted, la digestion, la respiracion y la circulacion.

De la armonía de estos tres movimientos resulta la existencia; de ellos brota, como consecuencia inmediata, la dulce melodía con que Bellini arroba nuestro espíritu; de ellos la Vénus con que Praxiteles conserva al mundo el tipo de la belleza femenil; de ellos la elocuente oracion con que el abogado arranca al inocente de la inflexible red de las apariencias que le condenan; por ellos puede el médico conservar al niño la vida de su amorosa madre; y en otro órden de ideas, no ménos importante, el labrador con su trabajo oscuro consigue fertilizar la tierra y el minero saca de las entrañas de las rocas el precioso metal, y la humanidad entera forma el variado y grandioso cuadro de esa segunda creacion moral y material que encanta al Hacedor

supremo, como encantan al padre los actos con que su hijo revela que hace uso de sus facultades corporales ó intelectuales.

Llorar, reir, cantar, amar... hé aquí los desahogos del vapor de la máquina humana. ¡Qué consuelo se experimenta tras estas espansiones, qué tesoros de luz y de bien, brotan de estos desahogos: la caridad, el génio, el arte, la familia!... Sin ellos, la explosion y la muerte, la revolucion ó la reaccion, la tiranía ó la licencia; en una palabra, la situacion en que usted se halla. ¿Se maravilla usted?—añadió el doctor;—¿Supone usted que cuando esta tarde iba á suicidarse, era usted, su voluntad, la que tomaba aquella extrema resolucion. ¡Oh! nó; en aquel instante el espíritu era esclavo de la materia; faltaba el equilibrio, la armonía; habia perturbacion en las funciones esenciales de la vida... y su mano de usted obedecia, ríase usted, si quiere, obedecia á una digestion, á una circulacion y á una respiracion anormales y defectuosas.

—Y siendo así—exclamó Juan—¿es culpa mia que el estado de mi cuerpo trastorne mi razon hasta el punto de desear la muerte?

—De usted, y sólo de usted; pero ya es tarde; necesita usted ahora un alimento más sólido que el caldo, y no quiero llevar á su cerebro, impresionándole con mis indicaciones, la sangre, el fuego que va á necesitar su estómago para digerir bien una buena chuleta que Casimiro va á servirle. Basta lo que le he dicho, para que forme usted una idea de la admirable máquina que ha desconocido y descuidado. Si despues de conocerla, persiste usted en destruirla, llevaremos á cabo nuestro pacto.

—Desearia profundizar aún más...—balbuceó Juan.

—Nada, nada... yo que quiero ser útil á los demás, tengo el deber de conservarme bien... Todas las noches á estas horas necesito descanso, y me voy á dormir. Casimiro—añadió llamando al criado—sirve á este caballero una chuleta y un vaso de vino. Despues le llevas á la habitacion que le hemos destinado para que pase la noche, y si algo necesita, queda á sus órdenes.

—Está muy bien, señor,—contestó el fámulo.

—Hasta mañana—dijo el doctor tendiendo la mano á su protegido.

Este se levantó, y estrechándola, miró instinivamente en torno suyo para cerciorarse de que los dos estaban solos, y con rapidez eléctrica llevó á sus lábios la mano que estrechaba.

—Está ménos enfermo de lo que he creido, pensó el doctor retirándose á su cuarto.

El criado volvió y sirvió á Juan el nutritivo alimento que su amo le habia indicado.

El enfermo que sentía apetito, devoró la chuleta, apuró el vino añejo, y experimentando esa pesadez que anuncia el sueño, se retiró á la habitacion que le designó Casimiro.

Poco despues dormia profundamente.

IV

El ángel caido

El doctor madrugó como de costumbre, y su primer cuidado fué llamar á Casimiro para informarse del estado de su huésped.

—Duerme como un bendito, contestó el fámulo. Dos ó tres veces he entrado en su cuarto y

siempre le he hallado en la misma postura, tan tranquilo, tan sosegado...

—En cuanto se despierte, sírvele un buen vaso de leche con un poco de thé... Está muy abatido, muy débil, y hay que ir fortaleciéndole poco á poco.

—Siempre el mismo, señor; haciendo bien y sin saber á quién, como dice el refran.

—Ese pobre hombre me interesa sobremanera; figúrate que le encontré ayer tarde dispuesto á levantarse la tapa de los sesos.

—¡Qué atrocidad!

—Si me descuido un poco, lleva á cabo su insensato designio.

—Y ¿por qué causa iba á atentar á su existencia?

—Aún no lo sé... es preciso tratarle con cariño... no darse por entendido con él... los criminales y los desesperados llevan á cabo esos actos violentos que manchan su conciencia, porque se ven abandonados de los afectos que en los instantes de lucha y desfallecimiento necesita el corazon. Una palabra de consuelo, una mano caritativa tendida á tiempo, salvan á un hombre y

libran á la sociedad de los enemigos que crea con su egoismo y su indiferencia. Tú eres bueno, conoces mis sentimientos y los secundas bien. Jesucristo lavando los piés á los pobres es el gran ejemplo de la humildad que engrandece. Venciendo la repugnancia que te costará servir á ese desdichado, cuyo aspecto haría apartar los ojos de él á muchas gentes, dispensarás la caridad que puedes dispensar. No es sólo el oro lo que alivia la desgracia del pobre. Riqueza mayor que la de ese metal ha dado Dios al alma; y esa riqueza la tenemos todos, con sólo tener buen corazon.

—Descuide usted, señor... aun sin esa advertencia, me habría bastado ver que le estima usted para servirle con el mayor esmero y el más afectuoso interés.

—Siento que no esté en casa la señora Gertrudis: ella nos prestaria su concurso para regenerar á ese desdichado. Es necesario ante todo proporcionarle ropa interior... la limpieza es indispensable. Vamos, vamos á registrar el armario donde guardo las prendas de mis hijos... quizás hallemos algo que pueda servirle.

Amo y criado procedieron al registro del indicado armario y encontraron lo que buscaban.

Casimiro entró poco despues en el cuarto de Juan, llevando una muda interior completa, una buena camisa, un pantalon, un chaleco y una buena americana de una mezclilla oscura, dos ó tres pares de botinas para que pudiera elegir las que mejor le estuvieran y una corbata negra.

Al entrar Casimiro en la habitacion se despertó Juan.

—¿Qué tal se ha pasado la noche?—preguntó el primero.

—Bien, muy bien... soy otro hombre.

—Lo celebro infinito.

—¿No es un sueño? ¿Es verdad que me encuentro en la casa de mi bienhechor?

—Si señor, ó mejor dicho, está usted en su casa. Mi amo le ha tomado á usted cariño y desea que no falte á usted nada. Si quiere usted darle gusto, acepte estas prendas y le complacerá. Son de su hijo mayor.

—¡Qué bueno es!—dijo Juan;—sin merecerlo yo, me colma de atenciones.

—No hay que pensar en eso... Lo principal es

que usted se reponga... Vaya, vístase usted para desayunarse. Aquí en este lavabo hay agua, jabon, peines, cepillos, todo lo necesario para el aseo. Si necesita usted algo más, me llama y acudiré gustoso á servirle.

Abrió Casimiro una ventana, arregló la ropa, y se alejó cerrando la puerta.

Juan, que sentia en efecto una transformacion completa en su sér, se levantó del lecho, fijó sus miradas en aquella ropa que ponian á su disposicion, miró su traje harapiento; y como siempre, vaciló.

—Nó...—pensó—yo no debo aceptar esto... mi presencia en esta casa no significa que he recuperado el derecho de vivir... cuantos favores me dispensen, hacen más imperioso en mí el deber de buscar la muerte. El egoismo de que siempre he sido víctima ha revestido ahora las formas de la caridad; pero es egoismo: el doctor me ha apartado de la tumba y me favorece con un propósito que debe realizarse si acepto sus favores.

...Y sin embargo...—añadió—¡estas atenciones, estos cuidados! Si deseara mi muerte, si sólo un fin interesado le moviera, no me devolveria

los goces, las esperanzas, las ilusiones de la vida... para quitármelas despues.

Maquinalmente se aseó y se vistió, y lo que es más... ¡debilidad humana! se miró al espejo, y al verse transformado, experimentó un ligero acceso de vanidad.

—¡Ah!—se dijo—Yo podia haber sido algo en el mundo... La fatalidad me ha perdido.

Dos golpecitos dados en la puerta le sacaron de su abstraccion.

El criado le sirvió una taza de thé con leche y tostadas, y al retirarse le dijo:

—Cuando acabe usted de desayunarse, tenga la bondad de llamarme con esè timbre; vendré y le guiaré al despacho del señor.

—Ahora mismo.

—Nó, se incomodaria. Desayúnese usted tranquilamente.

Diez minutos despues se presentó Juan al doctor y estrechando su mano, pero luchando entre la gratitud y su habitual soberbia:

—Puede usted disponer de mí—le dijo—sin otro galardón que el que ya he recibido. Aunque quisiera vivir, despues de lo que me ha pasado

desde ayer tarde, seria imposible. He estado ciego y usted ha dado luz á mis ojos; pero esta luz sólo me sirve para ver lo horroroso de mi situacion. Aunque es usted un padre para mí, tiene usted muchos hijos, muchos hermanos: los pobres. Usted lo indicó ayer, y yo, que como usted pretende con sobrada razon, me he labrado mi ruina, no tengo derecho para usurpar á los demás la parte que les corresponde de su generosidad. Dícteme usted la fórmula, yo escribiré lo que usted quiera y despues... despues—añadió con acento conmovido—nos despediremos para siempre.

—Perfectamente—dijo el doctor profundizando con su mirada el pensamiento de su interlocutor.—La resolucion de usted, ahora que está sereno y algun tanto repuesto, no es hija de la desesperacion, del arrebato. Ya podemos tratar el asunto con la calma necesaria.

—Sí señor, pero pronto; porque á medida que pasa el tiempo, siento fortalecerse los lazos que me ligan á la existencia, y yo quiero morir.

—Nada, nada, no seré yo quien le disuada; si conserva usted aún la carta que iba á servirle

para declarar á la justicia su propósito, añada usted unas cuantas líneas en ella á guisa de posdata.

Instintivamente llevó Juan la mano al pecho y recordó que habia dejado en su levita vieja el papel y el cachorrillo.

Al mismo tiempo recordó que debia el traje que tenia puesto á la munificencia del doctor, y una vez más quedó vencida la vanidad por la gratitud.

—Si usted quiere—dijo á D. Pedro—iré á buscar la carta; la he dejado en el cuarto que he merecido á la hospitalidad de usted.

—Escriba usted otra, es más sencillo... yo se la dictaré.

Juan se sentó á la mesa que habia en el despacho, y cogiendo una pluma y un pliego de papel que le proporcionó el doctor, se dispuso á escribir.

D. Pedro comenzó á dictarle en estos términos:

«Declaro que cansado de vivir y careciendo de los sentimientos que ennoblecen al hombre, inspirándole la gratitud que debe á Dios, á la familia y á la sociedad; á pesar de poseer los ele-

mentos para cumplir la ley divina, prefiero la muerte, que me doy voluntariamente.»

Juan escribió las diez palabra primeras y se detuvo.

—¿No escribe usted?—le preguntó el doctor.

—Mentir en este instante seria una iniquidad, y mentiria si escribiese lo que usted me ha dictado.

—Explíquese usted.

—Esos sentimientos que usted me niega, los poseo.

—Tal vez se engañe usted.

—En cambio me faltan los elementos para cumplir la ley de Dios.

—Nuevo error de su parte.

—¿Creerá usted conocerme mejor que yo, que he examinado hasta lo más recóndito de mi alma?

—Su vista, cuando mira hácia dentro, es muy miope.

—¡Ah! si usted conociera el secreto de mi vida.

—Le conozco sin poder detallarlo. Aunque mis años y mi costumbre de leer en el corazon

de los hombres me hubieran engañado, su conducta de usted bastaria á probarme que la soberbia le ha dominado siempre, que le domina ahora y que, impotente usted para vencerla, le dominará hasta el último instante.

—Si me ha colmado usted de beneficios para tener el derecho de censurarme, hable usted cuanto quiera. Resignándome á oir con calma sus insultos, le pruebo que se engaña al pensar que no alienta en mi alma la gratitud. ¿Puedo hacer más que realizar su deseo, entregándole mi cadáver como quiere y renunciando á toda remuneracion? Yo escribiré mi última voluntad.

Y poniéndose á escribir de nuevo, trazó estas líneas:

«Luchando con la suerte desde el principio de mi vida y no pudiendo soportar por más tiempo sus injustos rigores, me doy la muerte para descansar. Deseo que haga la autopsia de mi cadáver el doctor Melendo, á quien debo algunas atenciones. En vida he sido inútil á la sociedad y á mí mismo: que mi muerte pueda ofrecer alguna utilidad á la ciencia.»

Apenas terminó, pasó el escrito á manos de D. Pedro.

—Perfectamente—dijo éste—no reñiremos por la forma. Lo que usted ha escrito y lo que le dicté hace poco es una misma cosa; me conformo. Pero como soy hombre de conciencia, voy á entregar á usted cuatro mil reales.

—¿Y para qué quiero esa cantidad?

—Para darla á los pobres sino la necesita usted.

Esta respuesta impresionó profundamente á Juan.

—Voy á ser leal con usted—dijo—lo que usted hace conmigo y lo que me dice, me demuestra que no le mueve á protegerme sólo un capricho científico. En este instante creo ver con claridad su pensamiento; pero aunque me equivoque, tengo el deber de abrir á usted mi corazon. Oiga usted en breves palabras toda mi historia.

—Por ahí debió usted comenzar—dijo D. Pedro mostrando en su rostro la satisfaccion que experimentaba.

Juan refirió su historia, que á grandes rasgos voy á reproducir.

Habia nacido en un pueblo de Castilla en el

seno de una familia de labradores acomodados. Era hijo único y sus padres le amaban con delirio. Su excesivo cariño fué sin duda la causa de las desgracias que le sobrevinieron despues. Todo les parecia poco para agasajarle; sus caprichos eran leyes, y los disgustos que habia entre su padre y su madre eran motivados por el niño. Cuando el primero queria oponerse á algun deseo de los muchos que le asaltaban, la segunda se ponia de su parte, y le complacia. Cuando su madre le negaba algo, su padre se enfurecia con ella y se lo otorgaba. Los parientes, los amigos y los criados; para tenerlos contentos, le mimaban tambien. Sin explicárselo, comprendia el niño que era el soberano de aquel grupo, y convirtiéndose en tirano, avasallaba á todos. Así creció, sin que nada bastase á doblegar su voluntad. La menor oposicion le irritaba; y el temor que todos abrigaban de que un accidente le quitase la vida, ensanchaba por momentos la esfera de su soberanía.

Pretendian cuantos le rodeaban que tenia un ingenio peregrino; ponderaban sus frases, celebraban sus gracias; y llegando á creer que era

un pozo de ciencia, cuando le llevaron á un colegio no quiso tomarse el trabajo de estudiar. Fué muy desaplicado, muy holgazan; y como lloraba cuando le reprendian, un nuevo temor de que enfermase incitó á sus padres á dejarle en completa libertad.

Hasta los doce años no aprendió á leer ni á escribir; y pasó todo aquel tiempo llenando las horas con la realizacion de inconcebibles caprichos. No le faltaba nada, y suponia que todo cuanto la vida ofrecia á sus ojos, habia sido creado para su regalo.

Su padre, que era muy emprendedor, cansado de la vida monótona del campo, vendió sus haciendas, reunió fondos y se trasladó á Madrid.

Por entonces se abrian anchos caminos á la especulacion; las minas, las sociedades de crédito, los ferrocarriles, todos estos negocios ofrecian gran aliciente al capital.

El buen hombre se empeñó en estas empresas, perdió su fortuna y desesperado primero y enfermo despues sucumbió, dejando á su esposa y á su hijo, sinó en la pobreza, en una situacion

difícil. Dos meses despues se aumentó la familia con una niña.

Al oir el doctor este último dato, hizo un movimiento de sorpresa y le rogó que prosiguiera su relato, manifestándole que cuanto le habia dicho le interesaba sobre manera, porque confirmaba sus observaciones.

Juan añadió que su madre se resignó á vivir en el pueblo; pero él se aburria allí, los sueños que las esperanzas de su padre habian forjado en su imaginacion le acosaban sin cesar, y poseido de una ambicion inconcebible en un niño ignorante y criado en el silencio y la monotonía de una aldea, no tuvo más que un afan, abandonar su casa, venir á Madrid, correr el mundo, dominar á todos los hombres como habia dominado á su familia.

—Estoy haciendo á usted una verdadera confesion...—dijo al doctor.—Hoy veo claro lo que ayer apenas descubria... Despues de conocer á usted, de haberle oido, comprendo las causas que me han traido á la situacion en que me encuentro.

Los disgustos que ocasionó á su madre en aquel

tiempo, pueden contarse por las horas que pasaba á su lado.

Queria realizar sus caprichos, como cuando las rentas de su casa podian sufragarlos; y cuando con lágrimas en los ojos le recordaba la infeliz que su posicion habia cambiado, la ira ponia en sus lábios frases que destrozaban el corazon de la infeliz mujer.

Adquiridas sus haciendas por muchos que antes habian estado al servicio de la casa, humillaba al jóven la vista de aquellas personas, que sin embargo guardaban respeto y ayudaban á sus antiguos amos.

Estas humillaciones fomentaron en él la soberbia que tanto habia censurado el doctor. Su mayor deseo era vengarse de aquellas buenas gentes, cuyo único pecado era haber sido bastante laboriosas y económicas para adquirir lo que su padre habia derrochado.

Resuelto á venir á Madrid, no perdonó medio de realizar su intento; pero su madre se oponia con cariñosa tenacidad. Sin recursos que poner á su disposicion, adivinaba los martirios que aquel deseo podia proporcionarle.

En esta lucha pasaron algunos años; su hermana crecia y él sentia hácia ella una envidia insidiosa. Era el encanto de su madre, mientras que él era su tormento. Era cariñosa y humilde, mientras que él era descastado y soberbio.

Situacion tan violenta, no podia durar; y á los diez y seis años resolvió abandonar su casa.

Más por intuicion que por aplicacion habia aprendido á leer y á escribir; unos cómicos se detuvieron en la aldea, fué á verlos, la representacion de algunas comedias le entusiasmó, y cuando se marcharon, sin decir nada á nadie, se fué con ellos.

Al notar su ausencia, habló la pobre señora á algunos vecinos, tomaron éstos á su cargo el cuidado de buscar al prófugo, dieron parte al alcalde, la autoridad puso en juego los medios de que disponia, y no tardaron los guardias civiles en hallarle.

Quince dias llevaba en compañía de los cómicos; habia aprendido de memoria algunos papeles, pretendian sus nuevos compañeros que tenia grandes disposiciones para el teatro; y él era feliz, no sólo por la gloria de sus fáciles triunfos,

sino porque se habia enamorado de una de las actrices, jóven como él y de peregrina hermosura.

Inexorables los delegados de la autoridad, le arrancaron de aquellos lazos y le condujeron á su pueblo.

Su madre le tendió sus brazos amorosos, y él la rechazó; se aumentó en él el despego hácia su familia, odió á los vecinos, al alcalde; la representacion de la autoridad le mortificaba; desde lejos era mayor el atractivo que ofrecia á sus ojos la vida errante y aventurera de que le habian apartado, y las malas pasiones que estos sentimientos engendraron en su ánimo fueron causa de una penosa y larga enfermedad que aniquiló las fuerzas de su cuerpo.

Entonces agotó su madre los pocos recursos de que disponia y toda la ternura de su alma.

Vencido el peligro, quedó el jóven muy débil, y la convalecencia fué lenta y penosa. Humillado tambien por la naturaleza y comprendiendo que sólo la astucia podria otorgarle lo que la fuerza le negaba, disfrazó su soberbia de perfidia, dió á la perfidia el sello de humildad, y devoran-

do la rabia que este sacrificio despertaba en su alma, pasó cerca de un año, hasta que ya repuesto pudo pensar de nuevo en ausentarse.

Pretextando el deseo de ser útil á su familia, y careciendo de la aptitud para dedicarse á un trabajo manual, pidió á su madre que escribiese á un pariente suyo que era diputado provincial, rogándole que le diese un empleo en la capital de la provincia.

La solicitud fué atendida; logró que le nombrasen escribiente de la Diputacion, fué á la ciudad, y allí se abrieron nuevos horizontes á sus apetitos desordenados.

Con la influencia de su protector, y por ser hijo de viuda, se libró del servicio militar; pero gozó al ver á algunos de sus compañeros de infancia separarse de sus padres para pagar aquel tributo de que él se libraba.

Un dia halló á la actriz que habia inspirado su primer amor; le fascinó de nuevo, participó de su pasion, y ébrio de gozo se creyó el rey del mundo porque habia conquistado el corazon de aquella mujer, que debia despertarle, despues de tan dulce sueño, con la dolorosa realidad del desengaño.

Pero habia agitado nuevas pasiones en su espíritu: al abandonarle para ser la amante de un hombre rico, le hizo concebir el deseo de la riqueza.

La capital de la provincia le pareció pequeña; valiéndose de sus relaciones pudo proporcionarse una cédula falsa, y el mismo dia que cobró una paga se escapó, viniendo á Madrid con un nombre supuesto.

Pasó primero todo género de privaciones, y sintió despertarse en su alma un ódio terrible contra todos los que tenian medios de vivir.

En estos apuros le sorprendió un motin; tomó parte en él, cayó prisionero, fué deportado y permaneció en las Marianas algunos años, obligado á ejercer los más bajos oficios entre hombres desalmados, que le hicieron sentir hácia la sociedad la sed de venganza que les devoraba.

—¿Y su madre de usted?—interrumpió el doctor.

A partir de este instante cederemos la palabra á Juan.

—Desde que me despedí de ella en la aldea, contestó, no he vuelto á verla ni la veré jamás.

Diez años hace que regresé del destierro; he dado algunos pasos para averiguar su paradero y nadie ha podido informarme. Mientras yo estaba deportado, abandonó el pueblo, y allí corrió la voz de que habia muerto. Pero jamás olvido el momento de nuestra separacion. Era al anochecer; en los instantes en que me abrazaba con el rostro lleno de lágrimas, llegó á nuestro oido el sonido de la campana de la iglesia que tocaba á oraciones.

—«¡Reza, hijo mio—exclamó,—reza por la memoria de tu padre, y que Dios te ampare y te guie al cruzar el camino de la vida!»

—Desde entónces, como he dicho á usted, no he vuelto á verla; y aunque tanto ella como el autor de mis dias han sido causa, con su amor, de las penalidades que he sufrido, hubiera deseado ver una vez siquiera á aquella madre que tanto me queria, y á aquella pobre hermana á quien tan desdeñosamente miré desde que vino al mundo.

¿Qué ha sido mi vida desde que regresé de la deportacion? Un infierno. La pobreza, el abandono en que me ha tenido la sociedad, la ira y

la vergüenza de verme rodeado de gente de baja estofa, entre miserables conspiradores; el contacto con otros criminales, las largas horas de meditacion en la soledad del campo, en presencia del mar, bajo un cielo triste y sombrío para mí; las lecturas de todas clases que me impresionaban sin darme ideas fijas de la verdad, todo esto agitó mi cerebro, de tal manera, que bien puedo decir que he vivido en contínua fiebre.

Al llegar á España con algunos que habian sido compañeros mios en la deportacion, yo, que hasta entonces no me habia ocupado de política, á pesar mio y no por sentimiento ni por instinto siquiera, resolví seguir la suerte de los que conmigo venian. Y pasé para con los jefes del partido revolucionario por uno de los demagogos más intransigentes.

Se fundó un periódico, y para proporcionarme una ocupacion, porque no tenia sobre qué caerme muerto, me dieron una plaza de escribiente. Copié fajas, leí los candentes escritos que todos los dias aparecian en la publicacion. Se exacerbó mi ánimo con aquella lectura, el demonio de la ambicion se apoderó de mí, no me resigné con

ser escribiente; quise ser escritor y mis tentativas fueron estériles, porque los vuelos de mi pluma eran muy cortos.

Todo cuanto escribia lo rechazaban los redactores. Esta impotencia me humillaba, y puesta á prueba mi vanidad, sufria horriblemente.

Mi soberbia, tanto tiempo dominada, imperó de nuevo en mi sér.

¡Qué lucha he sostenido! ¡Miembro inútil de la sociedad, enfermo por las privaciones, debilitándome por momentos en el combate diario á que me condenaba la suerte; ni áun para hacer el mal he tenido valor!

Hubo un momento en que el triunfo de los que fueron mis amigos me hizo concebir la esperanza de mejorar de fortuna; ví encumbrarse á los unos, enriquecerse á los otros, acudí á pedirles proteccion y me despreciaron.

Tal es, sin descender á pormenores, la historia de mi vida. Poco á poco he ido desprendiéndome de los lazos que me han ligado á la existencia natural, y fatalmente he llegado al borde del abismo, donde me ha detenido usted. Fascinado un momento por su inesperada y extraña oferta; es-

timulado por una ilusion, le he oido á usted, le he seguido á su casa, he disfrutado de sus beneficios y he podido una vez siquiera abarcar de una sola ojeada el cuadro triste y doloroso de la desdichada vida que acabo de referirle. Pero si su bondad, si su caridad, si su afecto han podido mostrarme horizontes que hasta ahora no he visto, y han podido ofrecerme esperanzas que hasta ahora tampoco me han sonreido; la soledad que hay en mi alma, los remordimientos que empiezan á atormentarme, la ruina de mi cuerpo, la inutilidad de mi inteligencia, lo que en mí veo, me dice con voz inexorable que necesito llevar á cabo mi resolucion.

Juan terminó de este modo su relato.

El doctor, que estaba conmovido, dominándose:

—Pues señor—exclamó,—despues de oir á usted, me confirmo más y más en mi opinion. Hay en usted elementos para ser un hombre de bien, un hombre útil á la sociedad. La inércia se ha apoderado de usted de tal manera, que le ofusca. Me hace usted el efecto de un hombre que, necesitando una prenda de vestir y poseyendo un abundante guarda-ropa, todo desarreglado y con-

fundido, renunciase á salir á la calle por no tomarse el trabajo de poner en órden sus trajes. Pero no contrariaré yo su voluntad. ¿Usted quiere morir? Cúmplase su deseo, y que Dios le perdone.

El doctor se levantó disponiéndose á salir de la estancia donde habia pasado la escena.

—¿Se va usted... me abandona?—preguntó Juan.

—Nuestro pacto está hecho... le dejo á usted en libertad. No quiere decir esto que se vaya usted de mi casa, donde puede vivir todo el tiempo que guste; pero mi pobre ciencia que puede llegar alguna vez al corazon, no alcanza á la cabeza. Usted, se lo repito, tiene los medios de recuperar la salud, de ser digna criatura del Criador... el gérmen de los buenos sentimientos existe en usted aunque mortificado y avasallado por las pasiones. Para triunfar es necesario una gran humildad, y despues de oirle he perdido la esperanza de verle humilde. La soberbia que tanto le domina, terminará su obra de destruccion.

Juan quedó abismado al oir las últimas palabras del doctor.

Este salió, dejándole en su gabinete.

V

Una carta providencial

Una terrible lucha se produjo en el cerebro de Juan.

Su protector habia dado á sus ojos una luz vivísima que le permitia descubrir la verdad de las afirmaciones que le habia hecho. A favor de aquella claridad examinaba el desarrollo de su existencia intelectual y afectiva, y veia en todos los actos de su historia, en todos los detalles de su vida la marca indeleble de la soberbia, unida al abandono de la preciosa máquina que habia podido comprender y admirar, al contemplarla descompuesta en su sér.

¡Obra perfecta y sublime, que como el niño de perversos instintos, habia ido destrozando poco á poco: piel de zapa que sus locos deseos habian reducido hasta el punto de ahogar con ella su corazon...!

En medio del torbellino de ideas que bullian en su mente, en medio de los espasmos de su soberbia castigada con las inexorables acusaciones del doctor; como una ola que á medida que avanza y choca con los escollos, aumenta su fuerza y su volúmen, hervia un sentimiento en su alma, un sentimiento de piedad filial hijo de otro sentimiento no ménos noble, del de la gratitud y la admiracion que le inspiraba su favorecedor.

—¡Madre mia! exclamó, y sus ojos se inundaron de lágrimas.

Más de una hora trascurrió sin que se diera cuenta de su situacion, y sin que dejaran las lágrimas de bañar su rostro.

La llegada de Casimiro le despertó de aquel letargo:

—Señorito, le dijo, las doce han dado y el amo me encargó que sirviera á usted el almuerzo.

—¿Ha salido?

—Ya lo creo, hace más de dos horas. «Que no me espere, dijo; la diligencia de Buitrago llega siempre con retraso y no sé á qué hora podré volver.» ¿Conque usted dispondrá?

—No tengo gana.

—¡Bah! eso sucede siempre en las convalecencias... beba usted este sorbito de vino añejo, ¡tiene cincuenta años!—añadió presentándole una copita que habia dejado al entrar sobre un velador; bébalo usted, y dentro de cinco ó seis minutos tendrá usted apetito.

—¡Oh! no.

—El amo me encargó que se lo sirviera y se enfadará conmigo si usted no lo toma... vamos... ¡ánimo! sea usted complaciente.

La amabilidad del doméstico, unida al ascendiente que sobre él ejercia el doctor, le hizo tomar la copa y acercarla á sus lábios.

—Qué bueno es su amo de usted, dijo.

—No lo sabe usted bien.

—Sin conocerme me colma de beneficios.

—Y aún no ha hecho nada por usted, si se compara con lo que ha hecho por otros.

—Pero yo no debo aceptar... soy indigno...

—¡Bah! no piense usted en eso... él favorece á los desgraciados y ni les pregunta de dónde vienen ni á dónde van...

—¿Usted le quiere mucho?

—Tanto como á mi padre y más aun, si es po-

sible; porque con su ejemplo me ha enseñado á agradecer á la Providencia los bienes que me depara.

—Es usted un criado... ¿y está contento con su suerte?

—Oh, sí señor... sirviendo con lealtad se cumple un deber, y es una gran verdad lo que dice D. Pedro cuando asegura que el mayor goce es el que se experimenta al cumplir los deberes. Por otra parte, mis cortos alcances, la humilde cuna en que he nacido, no me permiten aspirar á otra cosa; y sirviendo á un amo tan bueno, no sólo tengo una satisfaccion, porque me hace justicia y me estima, sino que trabajo y el producto de este trabajo me proporciona el medio de cumplir otro deber más sagrado aún. Tengo en mi pueblo una madre anciana y pobre; quedó viuda, y sin más amparo que su hijo, se habria visto obligada á pedir limosna, si yo no le enviase con que atender holgadamente á su subsistencia.

—Le envia usted...?

—Todo cuanto gano, sí señor... yo nada necesito, el amo me da ropa, calzado; así es que la

pobre me manda unas cartas... Hace poco he recibido una... ¡Pobre vieja! ella no sabe escribir pero su corazon dicta las cartas, y el corazon de una madre sabe más que todos los sábios de la tierra. Vea usted, vea usted lo que me dice.

Juan cogió la carta que le presentó Casimiro, y la leyó.

Al llegar al final, no pudo ménos de inmutarse.

—¿Se pone usted malo?—preguntó el doméstico.

—No... no...

—Creí.

—La lectura me ha conmovido.

—Es natural...! yo tambien lloro de alegría cuando leo las cartas de mi buena madre... y ese es otro beneficio que debo á mi amo... él me ha enseñado á leer y á escribir.

—Aquí dá su madre cariñosos afectos...

—¡Ah! sí, para la señora Gertrudis y para la señorita Matilde... no las conoce, pero la hé hablado de ellas tantas veces...!

—¿Y quiénes son?—preguntó Juan con marcado temor.

—Pues qué; ¿no sabe usted...? y es verdad, como no están en casa... es decir, la señorita Matilde ya hace tiempo que nos dejó para irse á su casita con su esposo, una buena persona, discípulo querido del doctor; pero su madre doña Gertrudis sólo hace cuatro dias que se fué...

—Son parientes de D. Pedro?

—No tal... vinieron como usted, hace ya tiempo. Doña Gertrudis era una pobre viuda, y su hija estaba tan enferma que todos los de la casa al verla llegar, creimos que se nos iba á morir entre las manos; carecian de toda clase de recursos y venian á ver si por caridad queria mi amo curar á la pobre niña. ¿Y qué sucedió? Lo de siempre. D. Pedro se informó, se interesó por la enfermita, no permitió que la madre y la hija salieran de casa, las asistió con esmero, salvó á la niña, se ocupó de su educacion; y se quedaron como si fueran de la familia. Doña Gertrudis es una santa y se desvive por su protector. La señorita Matilde se casó hará cosa de un año con un médico, discípulo predilecto como he dicho á usted de mi amo; su madre fué hace poco para asistirla en su alumbramiento; á estas horas ya

tiene un nietecito hermoso como un sol. Seria la mujer más feliz de la tierra sin una pena que la devora, y que no ha podido ni aliviar siquiera mi buen amo, á pesar de su ciencia.

La infeliz tiene un hijo tambien, un desalmado, el reverso de la medalla de la señorita Matilde. Desde hace muchos años no sabe dónde para, unas veces le cree muerto, otras llora el abandono en que la ha dejado... y su pena es mayor, porque la oculta á don Pedro, sabiendo como sabe que se aflige al verla desgraciada. Hoy la conocerá usted; va á venir de un momento á otro; el amo ha ido á esperarla, y aunque la diligencia de Buitrago no llega casi nunca á tiempo, no tardarán en presentarse. Conque ande usted, señorito; al comedor, que si viene don Pedro y vé que aun no ha almorzado usted, lo sentirá.

—Voy en seguida... antes deseo escribir...

—Entonces prepararé el almuerzo.

—Sí... sí...—añadió Juan procurando dominar su agitacion.

Al verse solo, trazó con febril mano estas palabras sobre un papel:

«Todo lo comprendo, y mi gratitud es inmensa. Pero no soy digno de su afecto. Voy á luchar: si venzo volveré, si no venzo, sólo pido á usted una gracia: que ruegue á mi madre que me bendiga, y á mi hermana que me perdone.»

Dobló el papel, lo metió en un sobre, que cerró; y cautelosamente llegó á la antesala, cogió un sombrero que habia en la percha, abrió la puerta procurando no hacer ruido, la entornó con el mayor cuidado y bajó precipitadamente la escalera.

De pronto oyó el ruido de un carruaje que se detenia, y la voz de la portera que saludaba á doña Gertrudis.

Retrocedió y subió hasta el tramo superior al del cuarto en que habitaba el doctor.

—Vamos, señora, vamos—decia éste—que estará usted cansada y traerá por añadidura buen apetito.

—Dios le bendiga á usted—exclamó la buena señora.

El sonido de su voz resonó en el corazon de Juan.

—La puerta está entornada, entremos...—añadió el doctor.

La portera, que habia conducido un saquito de noche, entró con ellos.

Juan se apresuró á bajar la escalera y desapareció rápidamente.

—Madre mia—exclamó al alejarse—pide á Dios que me de fuerza para ser digno de tu perdon.

VI

La voz de la sangre

El doctor entró en su despacho mientras doña Gertrudis hablaba con la portera y los criados.

Su rostro revelaba la mayor satisfaccion.

Tenia ciertas sospechas; y si se realizaban, se prometia completar la felicidad de la buena señora, que acababa de llegar.

Apenas entró en el despacho, vió sobre la

mesa una carta que habia dejado Juan. La abrió, la leyó y su rostro cambió instantáneamente de expresion.

—Casimiro—dijo llamando al fámulo.

—¿Qué manda usted, señor?

—¿Dónde está ese jóven?

—Hace poco le dejé aquí... habrá ido á su cuarto.

—No... se ha marchado.

—¿Qué dice usted? ¡Eso es imposible!

—Esta carta lo anuncia.

—Dijo, en efecto, que tenia que escribir... pero no puede haberse ido, le habrian hallado ustedes en la escalera... voy á ver...

—¡Es inútil!... Lo único que deseo es que nadie hable de él á doña Gertrudis.

—Bien está —contestó Casimiro, comprendiendo que debia apresurarse á comunicar á la cocinera los deseos de su amo, para que no cometiera una imprudencia.

—Déjame solo...—añadió don Pedro.

—¿No almorzará el señor?

—Sí... ya olvidaba... disponlo todo y avísame.

El criado salió del despacho.

—¿Será capaz de atentar á su vida?...—pensó el doctor, leyendo de nuevo la carta.

—Señor, señor,—dijo el criado volviendo con la mayor agitacion—la parlanchina de la portera lo ho echado todo á perder. Al llegar yo, preguntaba á la cocinera cómo seguia el enfermo; y por más señas que le he hecho, como no estaba prevenida, ha contado á doña Gertrudis la obra de caridad que ha dispensado usted al pobre jóven.

—No importa; mi deseo se reducia á no afligirla con el temor de que mi huésped se hallaba impulsado por la idea fatal que se proponia realizar cuando le hablé por vez primera.

—¿Y usted cree, señor, que atentará á su vida?

—Si tal hiciera despues de lo que ha visto á nuestro lado, seria indigno de conmiseracion.

El doctor fué al encuentro de doña Gertrudis, se sentaron á la mesa, y la buena señora, aunque movida de curiosidad por las palabras de la portera, guardó silencio. Intuitivamente comprendió que no era oportuno en aquellos instantes re-

cordar cosas tristes. Además, no sabia que el huésped se habia marchado: tarde ó temprano le veria, y entonces era la ocasion de preguntar.

Hablaron de Buitrago, de la felicidad de la hija convertida en madre, al mismo tiempo que era esposa adorada. Todo sonreia á la feliz pareja; parecia que el cielo les habia echado la bendicion. En cuanto al recien nacido, era una maravilla de robustez; tenia los ojos y la frente de la madre, y la nariz y la boca del padre; no podia asegurar la venturosa abuela si á pesar de no contar el vástago más que unos pocos dias, se habia reido ya, antes de que ella abandonara el pueblo: lo que es para ella, risa y muy risa habia sido la que vió en los lábios de clavel, del pimpollo; pero no insistia. Lo que sí aseguraba era que el muchacho iba á ser de una pasta excelente y de gran inteligencia... en su mirada viva é inquieta se conocia.

La buena señora no paraba de contar los más minuciosos detalles de la llegada al mundo, de los primeros dias de existencia de aquel hermosísimo niño. En fin, y para concluir:

—¡O mucho me equivoco, ó ese rapaz va á ser

médico, como usted y como su padre!—añadió doña Gertrudis con la mayor conviccion.

—¿Y en qué lo ha conocido usted?—preguntó el doctor, que la escuchaba gozoso al ver la dicha que rebosaba en sus palabras.

—En que lo que más le gustaba coger, era el baston de borlas de su padre.

Don Pedro se rió, y terminado el almuerzo, alegó para salir que le necesitaban sus enfermos.

Hallábase intranquilo y queria, valiéndose de su amistad con el gobernador civil, anunciarle sus temores, para que en caso de una desgracia se la comunicaran en seguida.

Doña Gertrudis deshizo su baul, arregló la ropa en los armarios, dió un vistazo á la casa, lo encontró todo en órden, felicitó á la cocinera y á Casimiro y sentándose á descansar un instante en la cocina:

—¿Conque durante mi ausencia, dijo á los domésticos, ha hecho D. Pedro una nueva obra de caridad?

—¡Hace tantas...!—se limitó á contestar Casimiro.

—Por cierto que me extraña no haber visto

aún al jóven... añadió doña Gertrudis. ¿Ha salido?

—Hace ya algunos dias que se fué... dijo el criado; y haciendo una seña á la cocinera, ¿no es verdad? continuó.

—Ya lo creo, más de un mes, contestó la doméstica.

—No he estado ausente tanto tiempo.

—Tiene usted razon, no sé lo que me digo.

—Ya lo veo, dijo doña Gertrudis mirando á los criados, que bajaron los ojos como si temieran que se conociese en su rostro que mentian.

A pesar de no ser nada maliciosa, le chocó la turbacion del fámulo y de la cocinera.

—¿Por qué andarán con tantos misterios?—pensó; y excitada un tanto su curiosidad, decidió preguntar al doctor, segura de que seria más explícito.

Cuando volvió D. Pedro, era ya hora de comer.

Aunque trataba de ocultar la intranquilidad de que se hallaba poseido, tan acostumbrados estaban los que le rodeaban á leer en su rostro el estado de su espíritu, que todos conocieron que

se hallaba bajo la influencia de una preocupacion.

En efecto, temia que la pobreza de alma de Juan le hubiese permitido consumar el crímen que proyectaba; y á pesar suyo habia dado algunos pasos, aunque inútilmente, para averiguar su paradero. Le habia arrancado á las garras de la muerte, habia abrigado la esperanza de salvar no sólo su cuerpo, sino su alma; y perderle de pronto era para él un disgusto y un triste desengaño.

—A usted le pasa algo—dijo de pronto doña Gertrudis.

—No, señora.

—Es inútil que trate usted de negarlo. Puede usted ocultarme la causa de su desazón; pero no por eso dejaré de creer que algo extraordinario preocupa á usted.

—Contratiempos de la vida.

—¿Algun enfermo á quien no puede usted curar?

—Sí, eso es.

—¡Toma usted esas cosas tan á pecho!...

—¡La salud!—dijo el doctor por decir algo.

—¿Y está de gravedad?

—Sí, señora.

—¡Bah!—añadió doña Gertrudis con la seguridad de la fé;—si está de Dios... pero hablemos de otra cosa para que mude usted de ideas y se distraiga un rato. Cuénteme usted la historia de ese jóven de quien me ha dicho la portera que debe á usted no haber muerto en pecado mortal.

—¿Ese jóven?...—dijo el doctor con visible turbacion.

—Sí, el que queria matarse, logrando usted que desistiera de su propósito.

En aquel instante sonó la campanilla.

Casimiro, que abrió la puerta, le dió una carta que le entregó el cartero del interior.

La abrió, la leyó y con expresion de alegría, dirigiéndose á doña Gertrudis:

—Ese jóven—dijo—era quien me tenia preocupado, no sólo por él, sino por usted.

—¿Por mí?

—Sí.

—No comprendo.

—Afortunadamente ahora ya estoy tranquilo.

Sepa usted, señora, que esta mañana se marchó, dejándome una carta desconsoladora.

—¿Esta mañana?

—Sí.

—La cocinera ha dicho que hacia ya un mes que se habia ido.

—Mintió por órden mia.

—¡Me llena usted de asombro!

—Oiga usted y comprenderá el enigma.

—¡Hable usted por Dios!

—Ese jóven, á quien en efecto sorprendí en el momento en que aplicaba el cañon de una pistola á su frente, ese jóven á quien traje á casa, y á quien devolví con la fuerza la razon y con la razon el sentimiento, además de sus muchas desventuras, tenia un enorme peso sobre su conciencia.

—¿Qué dice usted?

—Habia abandonado á dos mujeres, dejándolas en la miseria, á su madre y á su hermana.

—¡Ah! D. Pedro, por Dios, exclamó temblando doña Gertrudis... es mi hijo, ¿no es verdad?

—Oiga usted esta carta que acabo de recibir: «Esta mañana salí de la casa, donde Dios ha que-

rido que comprenda todo lo horrible de mi pasado, dispuesto á acabar de una vez con los dolores que torturan mi alma. Dejé á usted una carta que le habrá hecho comprender mi determinacion. Pero al atravesar el umbral de la puerta, oí una voz que me llegó al corazon... Hacia muchos años que no resonaba en mi oido; la última vez que resonó fué con ayes lastimeros, y sin embargo, la reconocí... Era la voz de mi madre, de mi santa madre. Presentarme á ella en aquel momento, era matarla... Subí algunos escalones, aguardé á que entrasen ustedes y en seguida partí, pero resuelto no á morir, sino á luchar. No, se lo juro á usted, no atentaré á mi vida; los consejos de usted me guiarán, el deseo de ver á mi madre feliz, de alcanzar su perdon, me dará ánimo y fortaleza para resistir los rigores del rudo combate que voy á emprender. Cuando sea digno de usted y de ella, volveré. Si no vuelvo, es que Dios me ha llamado á su seno.»

Doña Gertrudis cayó de rodillas exclamando:

—¡Dios mio, Dios mio, qué felicidad y qué desgracia!

El doctor le refirió cuantos detalles conocen

los lectores; y desde entónces el temor y la esperanza, combatieron en el corazon de la pobre señora.

Tambien D. Pedro experimentaba gran ansiedad.

Pasó un año... pasó otro... Pero sepamos qué fué del pobre que tan tarde habia conocido la riqueza que dá la Providencia á los séres que vienen al mundo.

VII

La riqueza del pobre

Juan se dirigió al Retiro, y llegando al mismo sitio en donde habia proyectado acabar con su vida, se sentó en aquel banco que le sirvió para dejar la pistola, y recordó cuanto D. Pedro le habia dicho al explicarle los elementos y las funciones del organismo humano.

Su naturaleza habia recobrado el vigor, podia

moverse, podia trabajar, podia afrontar todo género de fatigas; pero esto no bastaba á su propósito.

Hallábase resuelto á luchar, y tenia que escoger las armas en el arsenal de su propia existencia.

Consideremos las potencias del alma como capital, como elementos de produccion y de conservacion, como el lector quiera; de todos modos constituyen *la* base de la riqueza del sér humano.

El catecismo las define. ¿Por qué no aceptar la definicion?

Memoria, entendimiento, voluntad.

Una sola de las tres basta para que el hombre utilice todos los demás elementos físicos y morales que yacen inactivos en él, pero dispuestos á servirle.

Dos pueden elevarle sobre los demás.

Las tres reunidas, convierten al modesto oficial de artillería en el Emperador Napoleon Bonaparte; crean esas grandes figuras que influyen en la marcha del mundo, que personifican una época, que marcan un progreso.

¡Ah! ¡si el niño supiera que teniendo como tie-

ne en gérmen esas cualidades, puede llegar á la verdadera y total libertad, ideal lógico del sér humano, con sólo cultivarlas! ¡Qué diferente vida la de la humanidad! Los padres debian saberlo; pero ellos á su vez han descuidado tan fecundas semillas y no pueden sacar partido del tesoro que la Providencia pone á su alcance.

Ya que el niño no, el jóven al ménos deberia antes de dar los primeros pasos trascendentales en la senda de la vida, examinar las cualidades que posee y utilizar aquellas que con más eficacia pueden ayudarle en la lucha por la existencia que, como dice Renan, es el gran trabajo de los séres de todas las especies.

En la antigüedad, el famoso Demócrito trató de demostrar al gran Hipócrates que el hombre, desde que nace hasta que muere, no es otra cosa que una perpétua enfermedad.

Así es por regla general, pero por culpa suya.

Tiene en sí y á su alcance los elementos de la salud, y los desconoce ó los desprecia.

Demócrito añadió que el mundo no era más que una casa de locos para diversion de los cuerdos, y por eso pasó la vida riéndose.

Aunque la paradoja no lo parezca, no destruye la afirmacion que he hecho.

Un niño halló á mano una cartera, sacó su contenido y sólo vió unas estampas muy bonitas: eran billetes de Banco.

La fortuna de sus padres, trabajosamente formada.

Con aquellos billetes debian comprar una casa, cuya renta serviria para dar una carrera á su hijo y crearle una posicion independiente.

El rapaz se entusiasmó primero con las estampas, despues cogió unas tijeras y fué cortándolas en diminutos pedacitos.

Por último, y para proporcionarse un espectáculo divertido, arrojó por el balcon los pedacitos de papel, y se reia á carcajadas al ver cómo se los llevaba el viento.

Examínese cada cual á sí propio, observe á los demás, y verá que hay muchos hombres que destruyen su felicidad, la arrojan al viento y se rien al ver cómo se la lleva.

Ya en el siglo XVI escribió un fisiólogo español, Huarte, el médico de Felipe II, esta exactísima observacion: «El que tuviere docilidad en el

entendimiento, dijo, y buen oido para percibir lo que la naturaleza dice y enseña con sus obras, aprenderá mucho en la contemplacion de las obras naturales y no tendrá necesidad de preceptos que le avisen y le hagan considerar lo que los animales y las plantas están mostrándole á cada instante.»

No insistiré más para aducir lo que ya he procurado probar en varias ocasiones; esto es, que á cada cual le pasa lógicamente lo que debe pasarle, que cada sér humano lleva su destino en su corazon.

Juan meditó sobre este punto trascendental, que yo he tocado á la ligera, y vió que no podia contar gran cosa en su memoria.

Es la potencia que se gasta más pronto.

Su entendimiento tampoco podia prestarle mucha ayuda: en su borrascosa vida, lo habia malgastado sin provecho. Pero observó que aún podia disponer de la voluntad.

Apesar de haber sido dirigida por mal camino, era la única fuerza, el único elemento que habia conservado.

La voluntad, acompañada de las otras poten-

cias, ya lo he indicado, forma un Napoleon, un Alejandro, un César, un Colon. Sola, lo puede tambien todo, aunque no logre la aureola de la gloria.

«El que no ejercita su voluntad tiene necesariamente que vivir de la ajena» ha dicho un escritor ilustre. Esto explica todas las tiranías, todas las servidumbres, que causan las desdichas de la humanidad.

Juan vió que sólo podia disponer de la voluntad, y buscó en ella el arma con que debia luchar para vencer.

Era soberbio, vanidoso, y resolvió ser humilde. Era inconstante, inquieto, y resolvió aceptar con resignacion hasta la monotonía del trabajo.

La historia del combate en que se empeñó, podria llenar muchos volúmenes ó contarse en breves palabras. Optó por el último extremo.

Cambiando el traje que debia á la generosidad del doctor, por otro más humilde; lo primero que hizo con la pequeña cantidad que por aquel cambio le dió un ropavejero del Rastro, fué repartirla entre los pobres que encontró.

Uniéndose á una cuadrilla de segadores que se

dirigian á Castilla á desempeñar las rudas faenas de su oficio, permaneció con ellos algunos meses acostumbrando su espíritu á la humildad y su cuerpo á las inclemencias y á las fatigas.

Mejor resistia las penalidades del trabajo, que el trato grosero y el codicioso comportamiento del capataz de la cuadrilla.

Cuando éste y sus compañeros le llamaban el señorito, porque sus fuerzas le obligaban á menudo á detenerse en la tarea, porque la sed le abrasaba y el cansancio en las largas marchas á pié le obligaba á quedarse rezagado; cuando le amenazaban con despedirle y le calificaban de holgazan, entonces su soberbia sentia terribles impulsos y sostenia en lo más íntimo de su conciencia una lucha espantosa.

Las intempéries, el rudo trabajo y la mala y escasa alimentacion, obligaron á Juan á llamar á las puertas de un hospital, donde permaneció algunas semanas, recibiendo los auxilios de la ciencia y los consuelos de la caridad.

Restablecido, se halló en una ciudad donde á nadie conocia y sin recursos para vivir. Solicitó trabajo como peon de albañil, como criado; pero

la debilidad que acusaba su rostro, era motivo para que desechasen sus ofertas.

No le quedaba más remedio que pedir limosna, y esto se resistia á su carácter. Pensó en su madre, en el doctor, y acudió á situarse en la puerta de un templo y recibió el óbolo de la misericordia y lo llevó á sus lábios con profunda emocion.

Poco á poco recuperó las fuerzas, y recomendado á un fondista por un eclesiástico que al verle implorar la caridad se interesó por él, desempeñó las funciones de camarero.

Un vivo deseo de trasladarse á América se apoderó de su ánimo. No le bastaba dominarse, queria hallar una posicion digna de la familia en cuyo seno habia nacido; anhelaba demostrar al doctor que fructificaba en su pecho la generosa semilla que con su bondad habia sembrado en él; deseaba el perdon de su madre, pero para obtenerle queria presentarse á ella despues de haber luchado y haber conseguido el triunfo.

Su honradez, su humildad, su actividad para el servicio, le captaron las simpatías de su amo.

Una ocasion inesperada realizó su más vehe-

mente deseo. Llegó á la fonda donde servia, el capitan de un vapor mercante; permaneció unos dias en la ciudad, y una mañana muy temprano se encaminó á la estacion del ferrocarril para tornar al puerto donde estaba su buque, y emprender un viaje á Buenos-Aires.

Pagó su cuenta la noche anterior y encargó á Juan que le despertase muy temprano. Así lo hizo, y el capitan se fué, sin dar, por olvido ó por codicia, la acostumbrada propina al camarero.

Juan entró en el cuarto que habia quedado vacante, y en la mesa de noche halló una cartera que contenia una crecida cantidad en billetes de Banco. Inmediatamente, sin avisar á su amo, que aún dormia, corrió á la Estacion, llegó cinco minutos antes de que partiera el tren, y halló al capitan muy tranquilo en el wagon.

—Caballero... caballero...—le dijo—¿es de usted esta cartera?

—¡Ah! sí—exclamó el marino...—¡diablo! la habia olvidado. Si no me la trae usted, me voy sin ella. ¡Gracias...! Es usted un hombre de bien y quiero recompensarle.

Sacando de la cartera un billete de cien pesetas, lo ofreció á Juan.

—Muchas gracias—dijo éste,—lo que he hecho ha sido cumplir un deber y no merece recompensa.

Esta respuesta acabó de admirar al capitan. La conducta del mozo, comparada con la suya al marcharse sin remunerar sus servicios, excitó en él deseo de mostrarle su gratitud.

—Acepte usted mi obsequio.

—De ningun modo.

—Pues tenga usted esta tarjeta y si en algo puedo servirle alguna vez, tendré un vivo placer.

Sonó la campana, el jefe de la estacion dió la órden de marchar, y el tren partió.

Juan volvió á la fonda animado de un proyecto que puso en práctica.

El capitan iba á la Coruña; se despidió de su amo y aquella misma tarde utilizando sus ahorros, se dirigió al mismo punto, buscó al marino, y le manifestó su deseo de ir á América.

El capitan le tomó á bordo en clase de camarero y se alegró mucho de poder emplear en su servicio á un hombre de tan probada honradez.

Al llegar á Buenos-Aires, le recomendó á una casa de comercio, donde fué admitido, comenzando por desempeñar las faenas más humildes, lo que ponia á prueba á cada instante su instintiva soberbia.

Pero estaba resuelto á vencerse. Cuando una cosa le repugnaba, la hacia dos y tres veces. Cuando su orgullo le llevaba á la desesperacion, se refugiaba en la humildad.

La esperanza de volver á los brazos de su madre, de demostrar al doctor la gratitud que sentia hacia él, le fortalecia en su empeño.

En una palabra, la voluntad, esa potencia del alma que realiza lo imposible; empleándola con constancia, haciendo con ella una verdadera y contínua gimnasia, le sirvió poderosamente para dominar todas las debilidades que le habian conducido al borde del abismo.

Con la satisfaccion de doblegar sus instintos á su conciencia, halló para su alma la tranquilidad y para su cuerpo la salud.

Su buen comportamiento le granjeó el afecto de su principal, y poco á poco fué ascendiendo en

las funciones encomendadas á su cuidado, hasta llegar á poseer toda su confianza.

Ni una sola carta escribió à su protector, por más que á todas horas pensaba en él y en su buena madre.

El espíritu como la materia se reaccionan, se consolidan y llegan al más perfecto estado, con el equilibrio de las funciones que les son peculiares.

Ocho años trascurrieron y cuando la señora Gertrudis siempre afligida y el doctor Melendo siempre preocupado con el silencio de su protegido, desesperaban ya de volver á verle, se presentó en la casa de la calle del Cármen un hombre como de cuarenta y ocho á cincuenta años, con el pelo y la barba muy canosos, pero fuerte, robusto y vestido con decencia.

—No quisiera mentir—dijo la parlanchina de la portera—pero se me figura que yo he visto esa cara antes de ahora.

—Ha preguntado por don Pedro—contestó su marido—luego debe conocerle. Serán amigos y no es extraño que le hayas visto alguna vez.

—No es eso; es que se me ha puesto entre ceja y ceja, que ese señor tan canoso, es el pobre hombre que hace años trajo D. Pedro á su casa, despues de haber logrado que no se levantase la tapa de los sesos.

La portera no se equivocaba.

Mientras que conversaba con su marido, Juan se hacia anunciar al doctor y Casimiro, sin reconocerle, le condujo al gabinete donde estaba el doctor.

—¡Usted!—exclamó D. Pedro... adivinando á su protegido.

—Yo, sí, que debo á usted más que la vida, contestó Juan cayendo en los brazos que le tendió el doctor.

Casimiro, que al retirarse oyó aquel breve diálogo, no pudo contenerse y corrió en busca de doña Gertrudis.

—¡Ahí está! ¡ahí está!—dijo con la emocion de la alegría.

—¡Quién! ¿mi hijo?—preguntó el instinto maternal.

La buena señora acudió presurosa al gabinete y halló á su hijo en los brazos de D. Pedro.

—¡Hijo...! ¡Hijo mio! ¡Hijo del alma!—gritó abalanzándose á él y cubriendo su rostro de besos y de lágrimas.

Juan cayó de rodillas á sus piés.

—¡Perdon, madre mia...! ¡perdon...! — balbuceó.

—A mis brazos... á mi corazon... hijo adorado! Este instante me resarce de todo mi martirio.

Juan habia logrado reunir á fuerza de privaciones, un modesto capital; habia adquirido la costumbre del trabajo; y se proponia vivir en Madrid al lado de su madre y de su protector, cultivando el precioso filon que le habia devuelto la consideracion de las gentes, la de sí propio, y con estos bienes la salud del cuerpo y la del alma.

....

....

....

....

Si hay pobres en el mundo, es porque han malgastado la fortuna que al nacer han traido á la vida.

A pesar de lo cual siempre habrá derrochadores y pordioseros... porque es ley fatal que el hombre busque fuera de sí, la felicidad que tiene en su esencia.

FIN

INDICE

